

GLORIAS DE ESPAÑA.



Vista del patio de los Leones en la Alhambra.

EL EMBAJADOR.

I.

En el año de 1478 una corta, pero escogida cuadrilla de ginetes cristianos, se dirigía hacia Granada, cruzando rápidamente su estensa y deliciosa vega. Los moros que por casualidad vieron cruzar á los extranjeros, y aun los que de propósito estaban puestos á observar en las atalayas de las puntas de las montañas, creyeron que aquella entrada de cristianos sería para proponer alguna justa, algún desafío u otra empresa bélica y caballerescas de las que la vega era teatro con mucha frecuencia.

Por esta causa contemplaban á los ginetes con curiosidad mas bien que con admiración, y muy especialmente al que parecia caudillo de aquella tropa; delante de la cual caminaba con una armadura tersa y brillante cual si fuese de bruñida plata y un capacete con vistoso penacho de plumas de colores. Los ginetes entre tanto, se dirigían directamente á la ciudad, y entonces fácil fue conocer que asunto mas sério que un desafío traía á los enemigos por aquella parte. En efecto, llegados á la puerta de Elvira, se adelantó DON JUAN DE VERA, cau-

dillo de los extranjeros y se hizo anunciar como un embajador de los reyes don Fernando y doña Isabel. Introducido bajo este caracter en Granada, atravesó rápidamente sus estrechas y tortuosas calles, la anchurosa plaza de Vivarrambla, tan célebre por las justas y juegos de cañas que en ella se verificaban, y subiendo á la colina de la Alhambra, en breve estuvo delante de este alcázar de los reyes moros. En él habian desplegado toda su oriental magnificencia en reinados pacíficos sobre un pueblo tan industrioso como guerrero: épocas que habian sabido aprovechar para dejar al mundo un monumento embellecido con maravillosas creaciones artísticas. ¡Cuál sería el efecto mágico de este admirable monumento entonces que se hallaba en todo su esplendor, cuando en nuestros días á pesar de la incuria, de los terremotos, y aun de manos destructoras y envidiosas, todavía conserva esta joya del tiempo pasado lo suficiente para cautivar nuestra admiración á vista de sus primores!

Como el aspecto exterior de la Alhambra mas era de fortaleza que de palacio, el caballero cristiano al mirar aquellas altas torres y fuertes muros, estaba muy distante de imaginar el sorprendente cuadro que pronto se habia de desarrollar ante sus ojos. Sabedor el rey de Granada de que un embajador venia á hablarle en nombre de los poderosos reyes de la España cristiana, quiso recibirle con toda la pompa, con toda la deslumbradora magnificen-

Julio 25 de 1843.

cia que su corte sabia y podia ostentar. Hizo pues que le introdujesen por determinados sitios de aquel vasto alcazar, y don Juan atravesando calles de rosales y de mirtos, aposentos frescos y perfumados, salió al patio de la *Alberca* y siguiendo la margen del estanque llegó en breve á la torre de *Comares* y entró en su principal sala llamada de *embajadores*. Notable era esta sala entre todas las de la Alhambra por su alta cúpula de maderas de cedro, incrustada de esmaltes de vivos colores, por sus paredes adornadas con labores vistosas de aquellas que por su caprichoso giro y por ser formadas de un estuco usado por los árabes, han obtenido el nombre de *arabescos*. Muley sentado en su trono y rodeado de los principales magnates de su corte, acompañando bien con sus trages riquísimos la decoración de la sala, recibió cortesmente al embajador español, cuya gallarda estatura y ademán severo, no dejó también de llamar la atención de los moros. Don Juan no era sujeto capaz de intimidarse en presencia de los guerreros musulmanes, ni de revelar inoportuna admiración á vista de tantas grandezas. Lleno por el contrario de aquella confianza que inspira el conocimiento del propio valor y el celo por la causa de su patria, se adelantó con desembarazo y gallardía hácia Muley, y con tono mas propio tal vez del que dá órdenes, que de el que espone un respetuoso mensaje, pronunció estas palabras:

—Rey de Granada: los poderosos monarcas don Fernando y doña Isabel, reyes de Castilla, de Leon y de Aragon, me envían á reclamar el tributo que se debe á su corona. Saber quieren al mismo tiempo, que causa ha podido obligaros á faltar á un pacto que vuestros antepasados tan firmemente estipularon y tan religiosamente cumplieron.

Este mensaje no podia llegar á peor ocasion. Granada capital entonces de toda la parte de Andalucia que habia quedado por los moros, centro de la grandezza y los placeres, situada en un terreno fértil y ameno, aun no daba indicios de la decadencia que precedió á su ruina, cuando empezaron á agitarla las funestas disensiones de sus tribus. Los opulentos magnates allí refugiados al ser conquistadas otras ciudades, se hallaban poco dispuestos á satisfacer un tributo que odiaban. Además estas mismas poblaciones recién conquistadas, mantenían secreta inteligencia con los reyes de Granada, bajo cuya proteccion se ponían así que lograban substraerse al dominio de los cristianos. Un rompimiento era ya inevitable, y los moros tenían para este caso bien fortificadas y pertrechadas las ciudades y villas de la frontera; teniendo además gente armada en los desfiladeros de las montañas. Con tales preparativos y dispuestos los moros á romper con los reyes de Castilla, siempre hubiera dado Muley áspere y negativa respuesta al embajador, si ya el arrogante ademán de este no la hubiera provocado. Toda la indignación del monarca se dejó traslucir en esta contestación, que acompañó de intento con insultante y altanera sonrisa.

—Ese tributo de que habláis fué un oprobio indigno de mi raza. Decid á vuestros soberanos que los reyes que acostumbraban pagarle, ya han muerto. Hoy reino yo en Granada, y en mi casa de moneda no se fabrican para Castilla mas que hojas de cimitarra y hierros de lanza.

II.

La notable respuesta del rey moro, que podia pasar, por un desafío, hizo comprender á don Juan de Vera, que toda esperanza de convenio estaba perdida y que forzoso le era volver á sus reyes con tan desabrida contestación. Mas ni era tan urgente el desempeño de este mensaje, ni las relaciones entonces entre los dos pueblos rivales eran tan escasas, que le impidiesen examinar las mágicas bellezas de la Alhambra. Si no tuviera un interés en indagar

el estado de sus opulentos enemigos, le tendria en realizar uno de los mas ardientes deseos de su juventud. Repetidas veces allá en su tierra habia el oído hablar de la grandezza de la Alhambra morisca; pero lo que entonces tenia ante sus ojos escedia á las ilusiones de su imaginación. Figurábasele que habia entrado en algun palacio de encantadoras ó en alguno de los mágicos castillos á donde la buena suerte solia conducir á los caballeros andantes, y para un hombre acostumbrado á las severas y religiosas creaciones de la arquitectura gótico-bizantina no podían menos de tener algo de ideal, fantástico y voluptuoso las de la arquitectura morisca. La severidad de las costumbres mahometanas no permitia que un profano penetrase en los recónditos gabinetes, en los aposentos de baños y en las frescas salas de misteriosa luz, donde los moros tenían recatadas sus bellezas. Ignoradas quedaron estas para don Juan, que tampoco pudo subir al *tocador de la reina* en la torre de Comares, desde el que se dominaba toda la Alhambra, el *Generalife* y la deliciosa vega. Allí, en medio de los ardores del estío, acudían la reina y sus damas á respirar la fresca brisa de las sierras y á recrear su vista en la contemplación de lo que se llamaba paraíso de la tierra. Fuera de esto, el cristiano pudo recorrer grandes patios, embaldosados de mármol y circuidos por galerías y columnatas que sustentaban arcos cuajados de menudas labores, entre las que se leían también inscripciones árabes, y mirar pórticos de ligeras y casi transparentes formas. Todo esto embellecido con los productos de una vegetación lozana, con arbolitos de fresca sombra, con macetas de flores, con limoneros, rosales y arbustos odoríferos, que crecían en los patios y en los sitios donde su efecto calculado debía ser mas sorprendente. Entró en salas incrustadas de azulejos de vivos colores que competían con los de las techumbres, particularmente en la llamada de *justicia*, la de *las dos hermanas*, y la de los *Abencerrojes*, por la que se paseaban entonces algunos de estos orgullosos guerreros bien agenos de creer que sus cabezas habian de rodar algun día por aquel pavimento, y que su sangre habia de enturbiar la cristalina fuente que en medio de la sala resonaba.

Cuando el entusiasmo del cristiano caballero llegó á su colmo, fué al penetrar en el suntuoso recinto conocido con el nombre de *patio de los leones*. Llamase de esta manera por la fuente que hay en medio, cuyas copas de alabastro están sostenidas por doce leones de mármol. Solo las pretensiones que dicen tuvo el arquitecto árabe constructor de esta fuente de imitar la piscina de Salomón ó el mar de bronce, sostenido por doce bueyes para lavatorio de los sacerdotes de la antigua ley, explica el motivo de haber infringido abiertamente la ley de Mahoma, que prohibe á los suyos la representación de seres vivientes en obras artísticas. La poca práctica que en esta representación tenían, la comprueban las toscas formas de los leones de la fuente, comparadas con las afiligranadas labores, menudas como encaje, de los ligeros arcos, que sostenidos sobre delgadas columnas de mármol blanco rodean todo el patio. Hallábase entonces animado con la presencia de varios guerreros granadinos, ostentando las varias divisas y colores de sus tribus, entre las que campeaban las blancas y azules de los Abencerrojes y las rojas y verdes de los Zegries: todos con aquella elegancia, aquel tipo caballeresco que caracterizaba á los moros andaluces, sin hacerles perder el valor indomable de su antiguo origen. Tantos objetos y tan nuevos, bien podían embargar la atención de don Juan: pero habia además otra causa para que él se detuviese y como de intento en aquel sitio. Los moros no solo le habian observado desde su entrada, sino que se le iban acercando en actitud desdenosa; por consiguiente el acelerar sus pasos para salir, seria dar indicios de una timidez de que estaba muy ageno. Todo al contrario, y habia el cal-

culado á cuantos musulmanes podría dar que hacer un solo caballero cristiano, y como la prudencia no es la virtud que mastenian de sobra los impetuosos paladines de Castilla, resolvió hacer frente á los moros diciendo para sí:

—Por Dios! que he de darles una lección, si se atreven á insultarme.

Este era precisamente el designio que los moros traían. Bulliales la sangre en el cuerpo, al ver tan cerca de sí un enemigo declarado de su raza, y la arrogancia con que habia espuesto su embajada acrecentaba mas los descos que tenían de vengarse. Esperimentaban entonces como una necesidad de desahogar su cólera insultando al que la habia producido.

—Bien defiende el cristiano la causa de su rey, dijo el primero que se acercó como á complimentarle, aunque la espresion de su voz hacia de este elogio un vituperio.

—Si supieran, contestó otro, sostenerla con obras en el campo, conforme saben hacerlos con palabras en la corte, cierto que el rey de Castilla tendria poderosos defensores.

—Todo caballero español, contestó dignamente don Juan procurando aparentar serenidad, tiene no solo palabras, sino brazo para defender donde quiera la causa de su rey y confundir el orgullo de los enemigos de su religion.

—Oh! si... contestó el moro con burlesca ironia, la religion que hace creer la pureza de la madre siempre virgen!

Acertó el infiel con el lado vulnerable del religioso caballero que gritó fuera de sí:

—Perro!... blasfemo! He de arrancarte la lengua si osas ponerla en la Virgen sin manilla.

Y el estallar de la cólera del cristiano paladin, no fué tan poco enérgico que dejase de alcanzar al zegri con un buen tapa-boca con su manopla de acero. Retrocedió el ofendido musulmán tirando inmediatamente del alfanje. Sus demas compañeros creyeron que debian sostenerle, y se agruparon al rededor, los gritos de muerte y de venganza resonaron en todo el patio, y don Juan se vió cercado de enemigos sedientos de su sangre: pero él ya habia puesto mano á la espada, habia procurado resguardarse con uno de los pilares del patio, y comprendiendo que se hallaba en puesto donde era preciso sostener el honor de su patria, mil vidas hubiera dejado en él, antes que infamar alguno de los cuarteles de su escudo. Felizmente pronto fué sacado de tan azarosa posicion.

—¡El rey!... ¡el rey!

Efectivamente, al escuchar estas palabras todos se apartaron cediendo el paso al mismo Muley, que seguido de su guardia llegó hasta los contendientes. Los abencerrages se retiraron al instante, los zegries envainaron sus aceros, murmurando en voz baja, y solo don Juan y su rival permanecian frente á frente, en profundo silencio y con las armas en la mano. Una indicacion de Muley bastó para el que zegri rindiese el arma á los pies de su soberano, á quien aunque no le pesaria que humillasen al embajador enemigo, todavia conoció que era deber de su politica el evitar tan loca querella que pudiera ocasionar fatales resultados. Viendo á don Juan poco dispuesto á imitar la accion del moro, le dijo afablemente.

—Señor caballero, no os empeñeis en sostener un funesto combate. Por el contrario, ofrecedme tambien vuestra espada, dando así á entender que os poneis bajo mi proteccion. Ella os protegerá aqui mejor que pudieran hacerlo vuestras armas.

La espada de don Juan la recibió Muley como un regalo y no se la quiso devolver. El conservar un recuerdo de este suceso, tan oportunamente terminado por su inter-

vencion, inspiró sin duda este deseo al rey moro, que entregó á don Juan al tiempo de su partida una cimitarra morisca de fino acero damasquino, con empuñadura de marfil labrado y vaina de cordoban carmesí con filigranas de plata. Aceptó él con gusto un cambio tan honorífico y ventajoso, diciendo estas palabras al monarca.

—Vuestra alteza, señor, me regala un arma muy preciosa y muy cortante: espero que llegará el dia de manifestar que sé servirme de ella.

III.

Apenas el señor de Vera se incorporó á su pequeña escolta de hombres que impacientes le esperaban, cuando todos juntos dieron la vuelta hacia sus tierras poco satisfechos del resultado de su mensaje. Platicando iban por qué parages emprenderian su ruta, para no pasar cerca de alguna fortaleza morisca que no hubiera dejado de enviarles alguna granizada de flechas, pues desde la notable respuesta del rey moro, y los últimos acontecimientos ya podian mirarse como rotas las hostilidades. En esto oyeron á poca distancia pisadas de caballo, y volviendo la cabeza, vieron venir un moro al galope por el camino en que se encontraban. Fácilmente reconoció en él don Juan, al infiel con quien habia tenido la reuerta en el patio de la Alhambra. Aquel moro poseído de los sentimientos rencorosos é implacables de su raza, sin olvidar ni ver satisfecha la pública afrenta que habia recibido, creyó que á él pertenecia buscar la satisfaccion personal saliendo á el alcance del cristiano hasta un sitio en que su rey no pudiera tan pronto interrumpirlos. Para comprender esta conducta del moro, es preciso recordar que en los habitantes de Granada estaba ya perdida aquella ferocidad característica de los hijos del desierto, y reemplazada por el pundonor y sentimientos caballerescos de los guerreros orientales muy difundidos en toda la península. Por esta causa el altivo zegri no hizo mas que ajustarse una fuerte coraza dorada sobre el mismo traje que llevaba en la corte, cambiar su turbante por otro con almete de acero y montando en su caballo de batalla salió al galope á la vega, sin mas idea que la de alcanzar á su enemigo, sin mas designio que el de lograr pronta venganza.

Así que divisó á don Juan y estuvo á una distancia suficiente para que le oyese, gritó.

—Aguarda, caballero, aguarda. Tú que sabes insultar en los palacios, veamos tambien si sabes combatir en la llanura.

Don Juan volviéndose á los suyos, les dijo:

—Dejadme solo con él. Su fatalidad le trae á su ruina.

Recordó interiormente á la Virgen que era su causa la que iba á defender, y bajando su lanza partió inmediatamente contra el moro. Avinole bien esta impetuosidad y premura, porque quitó gran parte de la carrera á el caballo del moro que sobre ser mas poderoso estaba mas descansado. El primer choque fué terrible, ambos campeones se acertaron de lleno, pero ninguno saltó de la silla porque ambos eran vigorosos y estaban bien resguardados. Quebráronse las lanzas y don Juan perdió el escudo, quedándole el brazo izquierdo adormecido del golpe, y el caballo del moro mal parado del encuentro, se desbocó, sin que su amo casi doblado sobre el arzon trasero, pudiese contenerle en aquellos primeros instantes. Así recorrió algun trecho de la campiña, hasta que enderezado sobre la silla y manejando diestramente la brida, volvió el corcel hacia el cristiano que sobre él acudia blandiendo la cimitarra de Muley. Pronto echó de ver el buen temple de aquel arma, cuya superioridad queriendo evitar el zegri, hizo el arriesgado movimiento usado en los combates para precipitar al contrario arrancándole de la silla. Entones perdió el equilibrio, y un golpe dado con fuerza

y oportunidad le hizo caer el primero en tierra, donde antes que pudiera incorporarse, se encontró con la rodilla del cristiano puesta sobre su pecho donde le dió el golpe mortal.

Don Juan ufano con los despojos del vencido, se apresuró á salir cuanto antes de aquel territorio, dando triunfante la vuelta á su país.

Esta fué la primera sangre vertida en la vega de Granada, para sancionar el rompimiento de la tregua y ser causa de una guerra de diez años entre dos naciones enemigas irreconciliables. Todas las fuerzas de la España cristiana concentradas por las poderosas manos de Fernando y de Isabel, persiguieron y encerraron dentro de la orgullosa capital de Andalucía á toda la infiel población de las campiñas. Larga fué la lucha, obstinada, y

fecunda en hazañas increíbles y portentosos hechos de armas: como que en ella además de los recursos del arte militar que la época permitía, se desplegó también cuanto pueden sugerir de atrevido y heroico el entusiasmo nacional y el sentimiento religioso. A pesar de todo, sin las contiendas populares, sin las pasiones tan exaltadas y enérgicas, que fomentaban la división mas deplorable en el momento decisivo en que era mas necesario reunir todas las fuerzas en defensa de la causa comun, todavía no hubieran logrado las armas victoriosas de los españoles triunfar tan pronto como triunfaron de aquel último baluarte de los moros en España.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS HISTORICOS.

UNA REINA.

Marina (ó Maria) Mniszej era una jóven polaca, á quien el destino no prometió al nacer ninguna corona. Su padre Jorge Mniszej, nombrado palatino de Sandomir por Sigismundo Augusto en la época de su elección no tenía siquiera una de esas cualidades que pudiesen justificar los favores con que andando el tiempo habia de colmar la fortuna á su familia. Carecia de gloria y era ambicioso: pero como le faltaban todos los medios de encumbrarse, resulta que debemos sustituir el nombre de intrigante al de ambicioso. La educación que dió á su hija todavía niña fué basada en principio de moral bastante dudosa y cuando desenvolviendo los años en Marina cualidades demasiado notables para no ser apreciadas, recibieron los proyectos de ambición de su padre una especie de verosimilitud, se apresuró á hacerla dócil á sus lecciones para que las pusiese ella en práctica llegada que fuese la ocasión. Se asegura que una circunstancia que refiere la historia y que pudiera muy bien no ser mas que un hecho inventado despues del suceso, contribuyó á hacer educar á Marina como hija de rey para que la corona fuese ligera á su frente cuando se la ciese un día.

—Porque decia una predición, Marina será reina.

Una hechicera del Norte, una de esas mujeres conocidas en la historia de los cimbrós, debió la vida en una ocasión al palatino y su arte la introdujo en el palacio de Mniszej.

—Una hija tuya reinará un día sobre un gran pueblo, dijo la Sibila al palatino mirando á Marina con atención.... Su belleza y su alma le grangearán una corona.

Esta muger cuyo nombre ha conservado la historia se llamaba Koriecka. Y desde que se oyó tal profecía en el palacio de Sambor se crió á Marina como á la hija de un soberano.

Ahora, para la inteligencia de la propia historia de Marina, es necesario hablar de los acontecimientos que pasaban á la sazón en Moscovia.

Emancipados los rusos hacia poco tiempo del vasallaje de los tártaros.... no por eso gozaban de la mas apacible quietud interior.... Iban III, primer soberano ruso, que recibió el título de Czar, habia vencido á Selim II y triunfado de los polacos y de los caballeros porta-espadas; mas no tenía fuerza bastante para domar la fe-

roz indole de los súbditos que gobernaba. Casi todas las disputas acababan con el hierro ó con el veneno, y cuando subió al trono de los Czares Iban IV fué bárbaro como el pueblo á quien iba á gobernar.

Fué Iban IV sin duda un despota estravagante y cruel; pero fué legislador: la Rusia le debió entonces un código de leyes: inmenso beneficio para aquella época: acaso hubiera sido otro hombre si hubiese alcanzado otro tiempo; mas embrutecido por la disolución, cruel hasta la ferocidad, acabó por no tener siquiera el valor que hasta entonces le habia hecho perdonar muchísimas cosas. Vinieron los tártaros de Krimea á incendiar los arrabales de Moscow. Suecos y Polacos fueron igualmente vencedores de los rusos é Iban en su brutal furor, blasfemando de la suerte y vencido en todas partes, mató á su propio hijo en un acceso de frenesi y murió manchado de crápula y de sangre bajo la capucha de un fraile.

En su reinado conquistó la Rusia á la Siberia, descubierta por Anika Strogonoff y conquistada y sujeta por un cosaco llamado Yermack.

Al morir Iban IV dejó dos hijos que le sucedieran, Fedor I y Demetrio todavía niño. Era Fedor débil de espíritu y de cuerpo, tímido, supersticioso, é incapaz de reinar. Su padre, hombre sumamente hábil, creyó que la corona de Moscovia no se conservaría en su casa, sino tenía Fedor un consejo que gobernase por él. Su testamento otorgado en 10 de marzo de 1584 tuvo, pues, por principal objeto formar una especie de regencia compuesta de cinco miembros para ayudar á Fedor en el santo y penoso cargo de soberano. Dependía de esta disposición la suerte de la Czarina y del jóven principe Demetrio: les asignaba por dotación y residencia la ciudad de Uglitsch del Volga..... Era precisa esta esplicación para continuar esta historia.

Tenia Fedor á la muerte de su padre 27 años: pero entregado absolutamente á prácticas de devoción abandonó el gobierno del estado á Boris Godunoff, presidente del consejo, que redujo pronto á la nulidad aquella especie de pentarquía, y gobernaba la Moscovia bajo el título de Regente.

Boris Godunoff contaba á la sazón treinta y dos años, su talento era notable..... su alma de un temple no comun. Mas siendo vicioso por naturaleza y de ambición sin límites, fácil es de conocer el camino que tomaría. Le estaba abierto el del trono á la muerte de Fedor si desaparecía un solo obstáculo: el jóven Czarowitz Demetrio..... Cuando se cercioró Boris que la inocente cria-

tura era la única barrera que le separaba del trono se sonrió, y aquella sonrisa fué una sentencia de muerte....

Avisada la madre del régio niño de los siniestros proyectos de Godunoff palideció y se deshizo en lágrimas, pero nunca abandonan a una madre el valor y la prudencia cuando peligrá su hijo; se tomaron para el Czarowitz las mas minuciosas precauciones. Resuelto Boris á consumar su crimen, puesto que ya era conocido, envió al punto á Uglitsch asesinos al efecto. La Czarina Irene los reconoció bajo el nombre de inspectores de palacio, y desde aquel momento no se separó ya de su hijo. El aya del jóven principe que habia ofrecido primero su criminal cooperacion dándole veneno se horrorizó luego de aquella impia promesa y se negó á ayudarles. Los sicarios tenian, pues, que luchar á un tiempo con su propia compasion porque aquel niño sentenciado por el crimen era lindo, gracioso, bondadosísimo... y con la vigilancia de una madre y la de una nodriza decidida que continuaba su ternura y su celoso cuidado cuando el sueño ó una necesidad precisa apartaban á la Czarina del principe un solo instante.

Mas Godunoff estaba impaciente: bramaba de furor al saber que no se habian ejecutado sus órdenes. Mandó un mensaje á Biatoffszcoi jefe de los asesinos para que de ninguna manera se apiadase. Sonó la hora de la muerte para el régio vástago y en un momento de descuido de la madre, llevó el aya la victima á la gale-
ria que daba al patio del palacio, donde estaban Biatoffszcoi y demas asesinos. Sabia Demetrio que debia temerlos, sin comprender el horror de su riesgo. Latió su corazon, pusieronse blancas sus encendidas megillas y una especie de calofrio agitó los bucles de su cabellera.

—Vamos con mi madre, dijo en voz baja á su nodriza, que acudió al punto en su busca alarmada con la desaparicion de su muy querido niño.

—Hermoso collar teneis, principe mio, exclamó Biatoffszcoi levantando la pesada cadena de oro que rodeaba el cuello del Czarwitzo....

—¿La quereis? dijo el niño levantando su hermosa cabeza rubia y mirando al asesino con cariñosos ojos.

La respuesta á tan dulce voz fué una puñalada que dió Biatoffszcoi en la garganta de la jóven victima: al punto quedó mutilado su cadáver que echaron sobre el de su nodriza que habia intentado defenderle....

El pueblo de Uglitsch amaba á Irene y á su hijo tan hermoso, tan interesante ¡aquel niño destinado á reinar en ellos algun dia! Mataron á los asesinos, ninguno de ellos volvió á Moscow á cobrar el precio de su infamia: y aquella justicia expiatoria no tuvo mas resultado que vengar un crimen, porque el efecto meditado de aquel crimen se realizó al fin, y cuando murió Fedor á causa de sus enfermedades de allí á pocos meses, subió Boris Godunoff al trono de los Czares y recogió el fruto de su crimen.

Fué Fedor el último principe de una dinastia que en el espacio de 736 años dió á la Rusia cincuenta soberanos.

Despues de haberse abierto el camino del trono con el asesinato de su legitimo soberano y con otros crímenes, fingió al principe Boris no querer aquella corona que habia comprado tan cara. Cuando la colocó en su frente le pareció á la Europa lo que era siempre la de los soberanos moscovitas, una venda manchada de sangre, y cada dia se señaló con mas repugnantes crueldades. Ahora comienza el drama en que tan gran papel hace Marina Mniszej. Era necesario sentar estos preliminares.

En la época á que hemos llegado tentan los jesuitas gran influjo en una parte de la Europa y el propósito de entenderle al mundo entero. Sin discutir ahora el mayor ó menor bien que podia resultar de su dominacion, dire solamente que casi siempre llevaba consigo la cultura, y el progreso: entonces deseaban ellos hacer á la Moscovia

católica, y aquel deseo si ocultaba alguna ambicion tenia á lo menos una apariencia loable. Pero les era muy difícil no solo conseguir el objeto, sino hasta el tratar de emprenderlo. Solo se les presentaba una coyuntura: á la verdad tenian que esponer la Polonia y la Rusia á una pérdida mutua ó al menos á espantosas calamidades: mas que importa? fuerza era probar para lograrlo.

Parecia haber triunfado Boris Godunoff de todos los obstáculos de que le habia rodeado su situacion. Reinaba en una especie de calma cuando cunde de repente por toda la Rusia una voz estraña: «Se dice que Demetrio no cayó bajo el puñal de los asesinos, sino que vive y viene á reclamar del usurpador el trono y la corona de sus padres.» Corre al punto esta noticia, adquiere consistencia y sabe Boris á no dudarlo que ha salido su victima del sepulcro y que está en aquel momento en casa del Palatino de Sandomiro Jorge Mniszej, padre de Marina y decididamente protegido por Segismundo III rey de Polonia.

Es verdad.....

Algunos meses antes habia comunicado el metropolitano de Rostoff al patriarca de Moscow que en el monasterio de Tschudow habia un fraile jóven que se decia el Czarowitz Demetrio: no hizo caso el patriarca de este aviso y viendo el metropolitano el sorprendente efecto de aquella rara noticia..... se lo refirió al mismo Czar que asustado todo como si viera un espectro mandó en el acto á Smirnoff Vassilieff, uno de sus secretarios, remitiese una orden para que se desterrase para siempre de los confines del imperio al fraile del monasterio de Tschudow. Smirnoffse lo dió á Eufeano, compañero suyo, quien avisó inmediatamente al jóven fraile proporcionándole los medios de huir con otros dos frailes que no quisieron abandonarle... Marcharon hácia Klow teniendo cuidado de no hospedarse mas que en conventos. En la celda que dieron al fugitivo en el monasterio de Novogorod Swersky dejó el siguiente billete:

«Yo soy el Czarowit Demetrio, hijo de Iban IV y no olvidaré la buena acogida que me han hecho en esta santa casa, luego que suba al trono de mi padre....»

El archimandrita (1) á quien se entregó este billete no dió parte á las autoridades superiores: le guardó y á nadie dijo nada. Tambien es extraño que se ocultó la evasion del jóven fraile al Czar quien le creyó ya en el destierro.

Este fraile á quien llamaban en el convento Gregorio ó bien Grischka (Gregorito) segun decian los partidarios de Boris no era mas que el hijo de un pobre lidalgo de Galitch y se llamaba Yuri (Gregorio) Otrepieff. Lo cierto es que el tal Gregorio Otrepieff ora no fuese mas que esto, ora fuese realmente el infeliz Demetrio era un jóven de talento, resuelto, que vivió siempre entre las familias de Romnaoff y de Tscherkasky, ambas enemigas del usurpador y de sus primeras. Cansado Otrepieff de servir se metió fraile: hizo por algun tiempo una vida errante cambiando muchas veces de convento, y entregado al parecer á una profunda melancolia, lo que observaban los que vivian con él... Por último, al pasar por el monasterio de Thudow el patriarca Jacob reparó en su talento y su saber, se le asoció en clase de secretario y le llevó consigo al palacio de los Czares. Pero pronto se opuso Otrepieff á continuar con el patriarca ó porque el aspecto del que ocupaba su puesto ofendiese la vista del jóven proscrito, ó porque aquel aparato de grandeza inflamase la ambicion del aventurero: pidió, pues, y consiguió volver á su retiro. Entonces se descubrió y fué desterrado como hemos dicho mas arriba. Pero ¿sobre quién pesaba la proscriccion? ¿Castigaba Godunoff solo á un falsario ó heria el usurpador á su victima dos veces?

(1) En otro tiempo el superior de una iglesia griega.

Después de haber vagado el fugitivo largo tiempo, llegó por fin á las tierras de Polonia, asilo común de los enemigos de los rusos: allí vivió bastante triste: reducido á esconderse solo para asegurar su vida porque no estaba en la miseria, estuvo varios meses en casa de los palatinos de Kiovia y de Rusia roja y después en la del príncipe Akan Wesniowiecki: en casa de este fué donde dió á entender por primera vez que era el Czarowitz Demetrio. El príncipe le dió entonces á conocer á su hermano Constantino y este le presentó á su cuñado Jorge Mniszez, padre de Marina, á quien la hechicera de los bosques de la Lithuania le había predicho que sería reina. Ahora comienza el nudo del misterioso é interesante drama de esta muchacha.

Una noche en medio de una conversacion de mucha importancia para el príncipe proscrito vinieron á anunciar al príncipe Wisniowiecki que su huésped, pues hacía algunos días que Gregorio habitaba en su palacio, acababa de ser atacado de una enfermedad con síntomas

muy alarmantes; prodigáronle los mas asiduos cuidados, mas el infeliz jóven estaba malo en efecto: declaró el médico que no había esperanza y el enfermo pidió un confesor. Es de advertir que hasta aquel momento no había dicho el jóven de un modo terminante que fuese el Czarowiz Demetrio.

Había en casa del príncipe Akan un sacerdote católico polaco de la compañía de Jesus, llamado el reverendo padre Gaspar Sawich: él era quien enseñaba á Gregorio Otrepieff á hablar y á escribir el polaco: y él fué tambien el que entró en el cuarto del moribundo para recibir su confesion.

El momento era solemne. Marina cuyos pensamientos fijos largo tiempo en el trono tenían una mira que parecía próxima á satisfacerse, no había podido menos de dirigir sus ojos varias veces hácia aquella víctima de una feroz ambicion, que venia á morir en una tierra extraña, junto á una muger de quien su amor habría podido hacer una reina... Gregorio era jóven, era hermoso,



La confesion.

Marina le amó, este pensamiento de muerte le helaba el alma... Su padre cuyos ambiciosos sueños se desvanecían al ir á realizarse estaba sombrío y meditabundo. Los otros personajes de este drama extraordinario, aunque se hallasen menos directamente comprometidos que Marina y su padre, lo estaban al menos por su interés en suscitar alborotos importantes entre los rusos. La vida ó la muerte de aquel hombre que podía resolver todas las cuestiones principales era por consiguiente de suma importancia para todos. Sin embargo, no había hablado: mas una circunstancia singular fué mas elocuente que él.

En medio de su delirio, en el ardor de su fiebre había tenido siempre como un instinto de oponerse á que le viesen un objeto que tenía sobre el pecho. Al cabo en un desmayo completo no tuvo fuerzas para impedir que descubriesen lo que con tanto empeño ocultaba. Era una cruz de diamantes y de rubies de gran valía y en una palabra tal como pudiera tenerla un soberano. Al volver en sí pareció Gregorio turbado y no habiendo querido después responder á ninguna pregunta, aun he-

cha con el mayor interés, recayó en su estado de abatimiento y así es como hizo creer que aquel era el último día de su vida.

Cuando se presentó el jesuita en la galería donde le esperaban las dos familias reunidas, con todos sus amigos, era grave su aire y su espresiva fisonomía revelaba grandes cosas.

—Monseñor, dijo al príncipe Wisniowiecki, es tan importante lo que tengo que decirlos que no puedo hablar sino delante de vos y de los miembros mas íntimos de la familia.

Todos los que no estaban designados por el jesuita se retiraron al instante.

—Monseñor, prosiguió el padre con suma agitación: no nos habíamos engañado, el infeliz que está espirando bajo de vuestro techo, es el príncipe Demetrio, el hijo de Iban.... el Czar de Moscovia.

Marina no pudo contener un grito....

—El mismo acaba de confesarme este importante secreto, no á título de confesion, porque él no pertenece al rito latino.... Oh; dijo el jesuita dejándose caer

en una silla; cuanto ha sufrido el desdichado! y cuanto sufre todavía! Morir así lejos de los suyos, sin una mirada amiga que le acompañe al sepulcro.... Oh! ¡Que cuenta tan estrecha tiene que dar á Dios el que le ha conducido á ese extremo de desgracia!

Marina lloraba.....

—Pero ¿no hay esperanza? preguntó ella con angustia.

—Yo le he dejado muy mal: rendido del esfuerzo que habia hecho para hablarme. El médico le ha prescrito el mayor reposo; pero se promete ya muy poco.

El palatino Mniszej estaba abrumado.

—¿Y que os ha hecho? preguntó por fin al jesuita.

—Pocas cosas pero que descubrian todo y lo confirma este rollo de papeles.

Y presentó á los dos principes un rollo de pergamino en que estaba escrito lo que sigue.

«El cadáver que tenéis delante (1) ya le encontréis desatado en un camino... ya cubierto de harapos muerto de hambre, de miseria ó de frío en el atrio de una iglesia, este cadáver es el de vuestro soberano... de Demetrio Ybanowitch, Czar de Moscovia... En el momento de comparecer ante Dios juro y protesto que soy el único y legítimo sucesor al trono de Moscovia, de mi padre el Czar Iban. Boris Godunoff fué mi asesino: queria la corona y no podia poner en ella la mano sin mancharla en mi sangre... Mi padre y yo fuimos desterrados á Uglitch; los sicarios de Boris fueron á buscarme allí: mi aya vendida al asesino me entregó á él y debí perecer: solo la providencia me salvó. Un alemán llamado Simon que sabia la hora del asesinato vistió á otro niño con mi traje y el desgraciado fué herido en mi lugar, era casi de noche, los asesinos se llevaron chasco. Simon me habia escondido y al día siguiente el buen hombre me condujo á Polonia con riesgo de su vida: á muy poco tiempo le perdí... Yo era todavía niño pero la intensidad del peligro me reveló el horror de mi posición como si hubiese sido ya adulto.... quede pues abandonado, proscrito, miserable.... sin haber podido olvidar un solo instante que mi puesto era un trono.»

EXCOMENDADME A DIOS.

—¿Ha muerto ese hombre? exclamó el Palatino de Sandomir....

—Oh! Dios mio! decia Marina llorando y juntando las manos; con que no hay esperanza.

Mniszej habia caído en un profundo estupor.... Tomó á su hija en brazos, la besó con emoción y la dijo que se calmara.

—Al instante podemos saber si es el hijo de Iban: aquí mismo, en Sandomir hay un gentil hombre del principe Sapieka llamado Piotrowski y otra persona de mi confianza.

Uno y otro pasaron un año entero cerca del desgraciado Czarowit en Uglitch. Que vengan al momento.

Hicieron los dos reconocimientos: una señal muy visible á un lado de la frente, una berruga un brazo mas corto que el otro eran signos demasiado notables para que no las conociesen dos hombres que habian estado viendo al principe todos los días por espacio de un año. No solo le reconocieron, sino se hallaron las señas.

Gregorio continuaba sin conocimiento. La enfermedad luchaba con una naturaleza llena de vigor, con una naturaleza de 20 años. No parecia que el infeliz ansiaba la vida, sin embargo salió esta vencedora de la muerte. Desaparecieron los síntomas alarmantes. Marina y su padre le cuidaron no solo con el respeto debido al soberano de Moscovia, sino con un interés mas tierno, sobre todo la joven porque le amaba.

(1) En la aventurera vida que llevaba el joven principe era natural que llevase escrito este documento para despues de su muerte.

Pronto aquel afecto se convirtió en amor y aquel amor en una pasión profunda. El alma de Marina simpatizaba mucho con la fuertemente templada de Demetrio, con aquella alma dominada por el único pensamiento del poder y de la venganza y para quien era indiferente todo lo que mediase entre púrpura y el sayal. Para él no habia mas que dos coronas, la de fraile ó la de Czar.

—Para mí, decia á Marina, cuando prestándole el apoyo de su brazo la conducia lentamente por los jardines de palacio para respirar un aire mas puro, para mí, la decia con aire triste, no tiene la vida mas que dos moradas, el palacio de un soberano ó el claustro.

Y Marina le escuchaba con los ojos humedecidos con lágrimas que hace correr una voz amada cuando pronuncia nobles palabras... Ella amaba aquel joven de frente altiva, de mirada profunda, cuyo espíritu medio cultivado en su primera infancia se entreveía bajo de un esterior agreste y casi salvaje: porque aquel hombre, cuya vida habia corrido hasta entonces entre las últimas clases de la sociedad, presentaba á los ojos de Marina una indole rara, llena de contrastes y de encantos.

Pronto fué ella amada como amaba. No pudo Demetrio ver, sin conmovirse de corazón, aquella niña tan hermosa, tan notable por la elevación de sus pensamientos que se los consagraba y que se le consagraba ella misma. Aceptó él este doble don. Su confianza no tuvo ya límites descubrió al Palatino de Sandomir todas las relaciones que habia conservado con la Rusia: eran inmensas. Por último el 25 de mayo de 1604 Demetrio Czar de Moscovia y Jorge Mniszej Palatino Sandomir, firmaron en Sandomir residencia del último, un tratado por el cual se obligaba Demetrio á casarse con Marina tan luego como fuese reconocido por Czar de Moscovia, dándole en propiedad los ducados de Novogorod la grande y Pskow. Se obligó tambien solemnemente á hacer edificar para ella una iglesia católica y á dar un millon de ducados al Palatino de Sandomir.

Se vé que este no se descuidaba.

Decia un artículo especial exigido por el P. Gaspar Sawicky que debia el Czar establecer en Moscovia la religión católica á toda costa. (1)

Prevenido Sigismundo favorablemente por Jorge Mniszej acogió al principe desgraciado como podia hacerlo un gran rey.

—Dios os guarde, Demetrio, le dijo el rey de Polonia cuando le fué presentado. Seais bien venido á nuestra corte porque en virtud de las pruebas que nos han dado os reconocemos por principe legítimo de Moscovia y considerándoos amigo nuestro y bajo nuestra especial protección os autorizamos á tratar con señores de nuestro reino, dándoles igualmente permiso para que os acudan con su ayuda y su consejo.

Y en el mismo día le asignaba el rey Sigismundo una pensión de 40 000 florines.

Nada podia el rey sin la Dieta, y Juan Zamoiskique podia todo con aquella asamblea, estaba contra la expedición á Moscovia. Acosado Sigismundo por las instancias de Mniszej se limitó á proteger secretamente á Demetrio y á suministrarle de aquel modo todos los auxilios para la empresa. Marina, cuya ambición se duplicaba entonces por el amor, exhortaba á sus compatriotas para que sirvieran la causa de un principe sin ventura y le proporcionó gran número de señores que se alistaron en su bandera para combatir á Boris Godunoff. Reunióse junto á la ciudad de Leopold toda aquella juventud ardiente y deseosa de castigar á un usurpador asesino. Marchaba Demetrio á la cabeza de tan lozana tropa que animaba con su aire altivo y resuelto. Se conocia que iba en busca de su corona ó la muerte.

A poco fué reforzado el ejército con gran número

(1) Esto fue lo que perdió á Demetrio.

de moscovitas tráfugas. El nombre de Iban era el de un tirano mucho mas para el resto de Europa que para sus subditos: habia dado leyes á la Rusia, y héchola triunfar de los tártaros: era valiente y esta cualidad le habia tapado muchos vicios á los ojos de una nacion totalmente guerrera: el nombre de su hijo fué, pues, omnipotente. Todos los que sirvieron á las órdenes del Czar se incorporaron á las banderas de Demetrio y cuando pasó el Dnieper el 16 de octubre de 1604 tenia ya un ejército que le daba derecho á hablar como señor.

Tembló Boris sobre el ensangrentado trono que ocupaba solo por asesinatos. Conoció que necesitaba reunir todas sus fuerzas para vencer á un enemigo que podia engrosar hasta el punto de aterrarle á él. Junta un ejército de 80,000 hombres y le envia contra el que llama impositor con orden á Iban Schouiski que le mande que le lleve su cabeza.

Parece que debe terminar aqui tan extraño drama: Demetrio no tenia mas que 15,000 hombres, y las fuerzas rusas eran muchísimas mas. Los polacos piden la batalla: formaban la tercera parte del ejército del Czarowitz. Demetrio lleno de ardor y de fe en su causa acepta con alegría. Mas antes de dar la señal de acometer se adelanta á su ejército y arrodillado esclama:

—Dios mio! bien conoceis mi alma! si mi causa es justa, dadme la victoria: si es injusta que ahora mismo me parta y me confunda vuestro rayo como á un sacrilego impostor!

Comenzó el combate; fué desesperado. Tan sangrienta fué la carnicería que andaban los dos partidos sobre sangre. El ejército moscovita quedó destruido. Y entretanto se libraba Boris del castigo muriendo como un justo. Falleció en Moscow como soberano legítimo y le sucedia su hijo Fedor y subia al estremecido trono. Mas la muerte de su padre cambió tambien su destino y cuando se presentó Demetrio al ejército ruso Romanoff mismo le ayudó y le reconoció por soberano. En todas partes fué bien acogido, de todas partes salió vencedor. En seguida entra en Moscovia. A su vista lanza el pueblo gritos de alegría, se echan á vuelo las campanas de todas las iglesias, llueven flores sobre el joven soberano: es un delirio, es una alegría tanto mas viva cuanto que Demetrio es joven y hermoso y que su historia tiene un color romántico y lastimero que redobra el interés por él y le hace irresistible.

Empero varios horrores señalan esta entrada que ha debido ser un puro triunfo. Gritos de muerte y desesperacion se mezclan á los cánticos de alegría del pueblo alborozado. Es entregada á los verdugos la Czarina viuda de Boris y ahogado su hijo Fedor sobre el mutilado cadáver de su madre... Toda la familia de los Gudonoff acabó en los suplicios.

Irene madre de Demetrio se habia retirado á un monasterio de Moscow. Pasados los primeros momentos corrió el hijo á su madre y la pidió su bendicion. Le abrazó Irene con ternura, le reconoció por su hijo y al siguiente dia fué coronado Demetrio en la capital de Moscovia como su legítimo soberano. Un terrible huracan que derribó la cruz y detuvo la comitiva pasó por un agüero de los que tanto influyen en los ánimos y principalmente en aquella parte del Norte. Mas cuando se vió á Demetrio precipitarse sobre el sepulcro de su padre y llorar y pedir venganza contra quien le turbó sus últimos dias, se creyó en una desesperacion que no podia ser fingida. Los grandes dolores llevan un sello que no engaña.

Así que se instaló pacífico poseedor de la corona de su padre sobre el trono cuyas gradas habia enrojecido con su sangre, quiso que la que amaba le dividiese con él. Partió para Sandomir una solemne y magnífica embajada encabezada por Atanasio Wassilieff con encargo de pedir á Marina en nombre del Czar de Moscovia. Así

se realizaban á un tiempo para la joven sus sueños de amor y sus sueños de ambicion, al paso que su padre no pensaba en mas que en el porvenir de suegro de un soberano.

Ilabianse celebrado en Cracovia las bodas de Marina con todo el ceremonial de los soberanos antes de salir de Polonia. Seguida Marina de una magnífica comitiva se habia trasladado al palacio de Tirley elegido para la celebracion del casamiento. Allí fué recibida por Sigismundo III que se la concedió segun se decia entonces, al Czar Demetrio, en cuyo nombre se desposó el embajador moscovita Atanasio Wassilieff siendo padrinos el rey de Polonia, la princesa Constanza archiduquesa de Austria, desposada tambien de Sigismundo. Asistían á este acto gran número de señores polacos todos del rito católico y monseñor Rangoni Nuncio del Papa. El cardinal Maciowsky fué quien dió la bendicion nupcial á la joven Czarina, que muy feliz veia colocar sobre su frente la doble corona de los reyes y del amor correspondido.

El 13 de abril llegó Marina á las fronteras de su imperio. Entonces principiò para ella la existencia que solo habia entrevisto imperfectamente en sueños. Entonces vió el amor de Demetrio junto con el orgullo del soberano, y aquella ambicion que habia de ahogar despues todo recuerdo amoroso en el corazon de la muger no estaba aun tan desarrollada en el de la joven que no sacrificase la esterilidad de la vida pública por ir á buscar la suave y deliciosa impresion de un amor profundo en todo lo que se la presentaba y podia ofrecérsela.

Advertia que era amada hasta en los mas estériles cuidados en una etiqueta que empleaba el amor como un medio mas de cautivar.... Entró en Moscow rodeada de un pueblo rendido que invocaba sobre aquella union todas las alegrías del cielo: y la bella Marina cuyas puras facciones recibian un encanto mas con el reflejo de las emociones de aquella grande alma que rayaba al cabo en sus altos pensamientos y en la dicha del amor que eclipsa todas las otras. Marina estaba en aquel instante resplandeciente de hermosura sonriendo á aquel pueblo que se volvía el suyo.

Por do quiera iba el clero á darle el pan y la sal: todos los dias la daban en nombre del Czar telas preciosas y de esas pieles tributo de los habitantes de las orillas del Oby que no se pagan con dinero: mientras magníficos trineos la llevaban con la rapidez del viento á los palacios dispuestos para recibirla. Al fin el 12 de mayo acabó aquel viage que fué para Marina un verdadero encanto. Llegó cerca de Moscow, allí hubo de detenerse para hacer otro sacrificio á la etiqueta soberana: se levantaron tiendas para que fuesen admitidos los grandes del imperio á besar su mano mientras se acercaba la coronacion. Despues rodeada de todo un pueblo que admiraba su belleza, se dirigió al monasterio de las virgenes, retiro de la Czarina viuda, madre de Demetrio. En aquel santo lugar fué donde volvió á verle no ya fugitivo, desgraciado, vagabundo, próximo á morir de miseria en un camino estraviado, sino hermoso y enaltecido con todo el prestigio del poder y con el lujo de la soberania.

Permaneció Marina al lado de Irene hasta el dia de su coronacion. A la mañana partió para Kremlin donde fué recibida en la sala Almenada por los primeros Boyardos y los embajadores de todos los reyes de Europa: tomó asiento en el trono, y habiéndole presentado Miguel Nagoi la corona de monomaco y la diadema las besó devotamente. Entonces Basilio Schouiski arengó á Marina en nombre de la nobleza del imperio, y despues se puso en marcha la comitiva para la iglesia de la Asuncion, donde debia hacerse la doble ceremonia de la consagracion y de la confirmacion del casamiento.

El camino que siguieron los nobles desposados esta-

ba cubierto de terciopelo encarnado y de telas de oro: montones de flores caían á sus pies mientras tronaba la artillería de la fortaleza, repicaban las campanas y que empavesadas las ventanas con banderas y blasones se veían llenas de un gentío inmenso que llamaba todas las bendiciones del cielo sobre los jóvenes soberanos. La misma naturaleza en toda su pompa en aquella época del año, parecía querer contribuir á la magnificencia de la fiesta: el tiempo era muy hermoso y el sol derramaba torrentes de luz sobre las cúpulas de oro de la antigua ciudad Moscovita haciéndolas resplandecer con mil fuegos.

Llegado que hubieron á la iglesia colocáronse los esposos en un estrado que se alzó en medio de la nave: el Czar ocupaba un trono de oro que le había enviado el emperador de Persia para tan solemne ocasion y Marina un trono de plata.... A una seña del patriarca se acercaron á la Czarina las damas de su servidumbre entre las que se veían señoritas de las primeras familias del imperio y le quitaron su corona de novia: se arrodilló ella delante del patriarca que impuso la cruz santa á la joven polaca que venía tan de lejos á buscar una corona!... en aquel momento se alzaron nubes de perfumes girando en torno de los antiguos pilares de la iglesia. Espareció el órgano sus religiosos sonidos por bajo sus bóvedas góticas y cien voces puras entonaron en honor de los esposos el himno de *in plurimos annos*.... Despues echó el patriarca al cuello de Marina la cadena de monomaco, la consagró, la dió la comunión.... Asi fué como Marina Mniszej, hija del Palatino de Sandomir, se vió consagrar y coronar soberana de un gran imperio aun antes de ser muger del soberano de aquel imperio, por que no se celebró el matrimonio hasta despues de la ceremonia de la consagración. Luego que se acabó todo, el Czar y la Czarina ambos jóvenes, ambos hermosos y mas en aquel instante en que estaban satisfechos todos los sentimientos mas imperiosos de sus corazones, Demetrio y Marina salieron de la iglesia de la mano con la corona y con el manto imperial. Llegados al cancel del templo, se pararon, y el principe Mseislawski tiró sobre ellos segun antigua usanza de Moscovia multitud de moneditas de plata que tenia en un vaso sagrado.... Las recogió el pueblo y aquel dia duró mucho en la memoria de los pobres de Moscovia.

Las mas suntuosas fiestas inauguraron el advenimiento de Marina aumentando su alegría por espacio de un mes. El amor que la profesaba Demetrio, se conocia sobre todo en las fiestas en que el lujo del Asia duplicaba el que el gusto de occidente acababa de introducir en los desiertos de la Rusia. Y sin embargo el cielo no estaba ya tan sereno, el horizonte se cargaba de nubes y Marina alhagada con las diversiones y los besos de amor de su esposo se dormía como él, á pesar del ruido de la tempestad que resonaba ya de una manera siniestra bien cerca de ellos.

Es una desgracia estar mucho mas adelantado en luces que el pueblo que uno es llamado á regir cuando no se tienen fuerzas para hacerle plegarse á la voluntad, que sería preciso siguiera. Habia habitado Demetrio bastante tiempo en la tierra de la libertad, en esa Polonia siempre querida, siempre admirada aunque se critica alguna vez su turbulencia y la agitacion de su vida política para no conocer toda la reforma que requería la Rusia para llegar á ser un gran pueblo. Pedro el Grande que reinó despues de él, experimentó lo mismo y no pudo realizar sus proyectos de reforma sino consolidándolos con oleadas de sangre. Pero Demetrio al llegar á un trono vacilante, no solo bajo su propio peso, sino bajo todo el que intentase mandar, y mas aun hacer innovaciones sintió pronto el efecto de la crueldad de un pueblo, que ante todo le echaba en cara el rodearse de estrangeros y el distribuir todas las gracias á los polacos... Independiente

y de carácter allivo quiso Demetrio seguir su inclinacion; inclinacion que le llevaba á proteger á los paisanos de la muger que adoraba y á quien por otra parte creia capaz de civilizar á sus súbditos: no respondió, pues, sino con una sonrisa de desprecio á la queja que le dirigió Tatitschschew publicamente por haber comido ternero.

Pero la queja mas importante á los ojos de los rusos y sobre todo de aquellos viejos Boyardos, apoyo entonces del trono de los duques de Moscovia, fué la obstinacion de Demetrio en conservar el traje polaco. Pronto se formaron complots recorriendo los descontentos las tabernas de Moscovia donde bebe el pueblo con tanto gusto la caliente bebida que se compone de enebro. Allí se habló de Demetrio, se atacó la verosimilitud de los hechos que las mismas gentes de Moscovia habian acogido con transporte pocos meses antes: en breve tomaron cuerpo aquellos planes que antes no tenían consistencia: los descontentos se agruparon en torno de una bandera y la sentencia del joven Czar y de Marina estaba en estas palabras. *Odio y muerte á los estrangeros*....!

Basilio Ibanowitsek Schuiski, el mismo que habia arengado á Marina en nombre de la nobleza rusa, fué el escogido por la rebelion para su gefe. Se descubrió la primera conspiracion. Entregado Schuiski á un tribunal, le sentenció á muerte, y hubiera perecido á no ser por Marina, que no pudiendo separar la idea de aquel hombre del glorioso dia de su coronacion pidió y obtuvo de Demetrio perdon. En el momento de firmar se detuvo.... Parecia que un presentimiento siniestro le gritaba que fuese justo ó que le costaría la vida.

—Por qué me pides esa gracia! dijo á Marina mirándola con tristeza: á la verdad que no puedo firmar.

Marina se sonrojó y palideció en un momento. Parecia que el Czar declinaba su poder.... Se acercó ella á Demetrio, pasó un brazo al rededor de su cuello, le atrajo dulcemente á si, y despues besándole en la frente, le miró con aquellos ojos que hacian latir el corazon de quien seguia siendo su amante.

—*Hazlo por mí!* le dijo ella.... *firmalo por mí!* El tambien la miraba con ojos de amor. La estrechó fuertemente contra su pecho... y firmó. *Infeliz...!* lo que habia firmado era la sentencia de muerte para los dos....!

Una noche (el 16 de mayo de 1607) estaba el tiempo revuelto: el aire hacia torbellinos de polvo en los vastos campos que separaban entre si los palacios de Moscovia. Comenzaba á llover, y para huir de la tempestad se entraban muchas gentes en las casas, y muchas en las tabernas. En el rincon mas escondido de una de estas habia un hombre sentado, cuyo rostro medio oculto con la piel de su gorra no dejaba ver mas que una boca que se sonreia á veces con una espresion infernal. De cuando en cuando un movimiento involuntario, hacia que se descubriese, el vestido brillante, la cadena de oro y la manga bordada de pedrería de los Boyardos: pero al momento componia la ancha capa parda que le tapaba, y de nuevo se quedaba hecho un oscuro desconocido en medio de aquella multitud extraña tambien.

Parecia que aquel individuo escuchaba con mas particular atencion á otro hombre que hablaba con fuego de los rusos y de los polacos. Claro estaba que el orador era uno de esos rusos, verdaderos hijos de la Moscovia, fiel á sus costumbres y dispuesto á dar su sangre por ella. Era alto, de estatura atlética y sus facciones llevaban el sello de una alma tan pura como fuertemente templada.... Pronto se alzaron las voces: el ruso parecia animarse, conoció que no seria dueño de si mucho tiempo: se echó á la calle y se alejó de la taberna luchando contra la tempestad que redoblaba con violencia.

—Gloria á Dios! salud á Kosma! dijo una voz á su lado haciéndose oír apesar del huracan. Volvióse el ruso

on viveza... y vió cerca de sí al hombre de la capa que cababa de dejar en la taberna.

—¿Qué me quereis y de donde sabeis mi nombre? le preguntó.

—He visto á Kosma Minin (1) delante de los enemigos de la Rusia. Le he visto en Nijniy-socorrer con su dinero á los conciudadanos menesterosos. He visto á Kosma defender delante de los ancianos de su pueblo los intereses de todos contra los suyos..... ¿Es este el mismo á quien he visto fraternizar con nuestros tiranos?

—Entreabrióse la capa del desconocido y á la luz de la lámpara que ardía delante de la imagen de S. Nicolás reconoció el ruso ciertas insignias y se descubrió.... El desconocido puso el dedo en su boca.

—Silencio.... ¿Continúas siendo verdadero hijo de la antigua Moscovia?

Kosma levantó los ojos y las manos al cielo.

—Dios me es testigo, exclamó.

—No te exijo juramento.... te exijo que te muevas!

—Contra quién....?

En aquel momento una turba de jóvenes montados en caballos de la Ucrania pasó á galope cerca de ellos gritando y cantando y haciendo girar en sus manos los sables desnudos. Al pasar uno de ellos cerca de Kosma le quitó la gorra con la punta del sable, la tiró al suelo y desapareció riendo alegremente con sus compañeros. Todos llevaban el uniforme polaco!...

Fué Kosma á recoger su gorra, cuya piel se había manchado..... la sacudió, se la puso.... y volvió con calma hacia el desconocido..... Pero su fisonomía mudó, se tornó feroz y su respiración penosa.... se ahogaba.

—Vamos! le dijo el desconocido! que te parecen tus hermanos los polacos? ¿por qué no te has echado á los pies de sus caballos para servirles de alfombra.....?

Un sonido ronco y terrible salió del pecho del paisano de Nijniy.

—Ah! exclamó dándose en la frente con entrambos puños.... Dios mío! aconsejádme! y despues alzando noblemente su cabeza:

—Príncipe Schnisky, dijo al Boyardo que seguía to-



La Gorra quitada.

dos sus movimientos con maligna curiosidad: sin duda los polacos abusan de su influjo sobre nuestro Czar; pero no debemos olvidar que fué en Polonia donde se conservó nuestra joya mas preciosa para volver entre nosotros: ¿no es la Polonia quien nos ha devuelto esa última gota de la preciosa sangre de Rurick.....? Nuestro muy querido Czar ha sido salvado por la Polonia, príncipe...!

Una risa brutal respondió á este noble arranque.

—La sangre de Rurick exclamó al cabo ¿también eres tú del corto número de tontos que creen semejante fábula...? Demetrio fué degollado y no ha salido mas de

su ataud.... Ese no es mas que un impostor..... Quieres contribuir á la salvación de tu patria....?

—Como?

—Ven aquí, mira... ¿Qué ves sobre esas puertas?

—Dos cruces encarnadas. (1)

—Pues bien, indican la muerte de los que duermen ahí su último sueño; el sol no saldrá ya para ellos..... Vete á Nijniy, Kosma, y haz en tu ciudad lo que nosotros vamos á hacer en Moscow.

Kosma no respondió al principio.

Si Demetrio es un impostor, respondió al cabo, es preciso que muera. Mas y si no lo fuese...? y los expresivos ojos del honrado patriota decían al ambicioso que su brazo moscovita bien podía castigar un culpable, pero que no heriría una víctima....

—Medios tengo de saberlo, añadió.... Entonces haré mi deber, según la convicción á que llegue.

(1) Kosma Minin, carnicero de Nijniy-Nowogovod. Este hombre que será colocado entre los mas ilustres de su patria si llega á tener un Plutarco, adquirió gran popularidad por sus virtudes y servicios. Sin embargo ha estado sepultada su memoria cerca de doscientos años. El emperador Alejandro fué el primero que le hizo justicia. La estatua de Kosma forma en el día uno de los principales adornos de Moscow.

(1) Los rusos habían marcado las casas de los polacos con una cruz encarnada el 17 de mayo cuando la matanza de Moscow.

Basilio le miró alejarse con una expresión indefinible.

Al amanecer del siguiente día el ruido de la bocina y el

—Traicion...! sálvate, Demetrio, hijo de Iban... hay traicion!

Demetrio ha cogido sus armas: algunos guardias le rodean, resiste al pueblo; pero se aumenta por momentos la masa de los insurrectos. Todo es matanza al rededor del Czar: él mismo cae atravesado de un balazo.... El pueblo se arroja sobre él para acabarle: pero él incorporándose sobre una mano, los mira todavía como rey:

Los asesinos retroceden... Quizás se hubiera salvado... pero en aquel momento acude Schuiski a quien han ido a avisar para sostenerlos: los ve indecisos.

—Amigos! exclamó Schuiski: yo tambien tenia mis escrúpulos: mas fui al monasterio y supliqué de rodillas á la Czarina [que por Dios me confesase la verdad y me declaró sollozando que habia favorecido la impostura. Ese hombre no es hijo suyo, es un falsario!

Cae entonces el infeliz bajo mil brazos que van con rabia á buscarle las fuentes de la vida. Esta misma turba irridada por el asesinato, sedienta de sangre porque acaba de derramarla corre dando voces de muera! á la habitación de Marina. Un page polaco cuyo nombre debe conservarse para que le honre la posteridad, Omolski, defiende por un instante la puerta del cuarto de la Czarina contra la furiosa tropa que no entra sino pisando su cadáver.

Marina medio vestida, pálida, asustada, sale al encuentro de los asesinos. Quiere hablar á los furiosos; porque aunque vivamente conmovida no sabe aun todo lo que acaba de perder. Todavía tiene esperanza.... Pero ahullidos de rabia son la única respuesta de los asesinos. Sale un tiro y una bala hiere á una camarera de Marina que se ha interpuesto á su señora: era una joven judía librada por Marina de una union que ella detestaba y cuya suerte habia hecho despues casándola con un caballero polaco llamado Chmielnicki. En breve cae la débil barrendera de mugeres y el pueblo llevaba ya sus cruentas manos á la Czarina cuando llegan los boyardos al teatro de la matanza y se apoderan de la victima que reservan para tormentos superiores á la muerte..... En aquella horrible jornada corrió á torrentes la sangre. Vengóse

(4) El príncipe Pojarski era un hombre cuyas virtudes le hacían parecerse mucho a Kosma. Liberal y justo en el pensamiento, hubiera sido un grande hombre para su patria si hubiera vivido un siglo después. El emperador Alejandro le erigió también una estatua con la de Kosma.

Basilio Schuiski recojió el fruto de su crimen. Se necesitaba soberano luego que cayó Demetrio. Basilio no pidió ni designó á nadie; era de ilustre cuna, popular, diestro adulaba al pueblo y sobre todo á los comerciantes.

Y conduciéndole al punto al Kremlin le saludaron en la plaza mayor *padre de la Rusia* y Basilio Schuiski se sentó sin remordimiento en un trono que acababa de ensangrentar por sí mismo. Pero el remordimiento no era para él. Solo los nombres de Marina y su padre le traían recuerdos penosos cuando los pronunciaban á su presencia... Los alejó de Moscow. Una fuerte escolta condujo á la Czarina y al palatino á Jaroslaw del Volga.

«No tenía yo razón para decir hace poco que á la infeliz Marina la estaban deparados tormentos acaso mas atroces que la muerte? La muerte no es mas que un instante de agonía.... Pero aqui siempre sufrir... siempre.....! siempre.....! Y Marina no contaba mas que 20 años...!

Con todo, Schuiski se alarmó con el efecto que produjo en Polonia la carnicería de Moscow. Humecía aun la sangre polaca y pedía una venganza que comprendió la patria y ardía por realizar. Quiso Schniski prevenir todo acto hostil: puso en libertad todos los prisioneros polacos y Marina fué dueña de regresar á Polonia. Se puso en camino; mas con que mortal tristeza...! Atravesaba como prisionera aquel mismo país en que los pueblos se prosternaban á su tránsito... Muchas veces lloraban los ojos de la joven Czarina con abrasadora amargura por aquella juventud anatematizada á los veinte años: sus lágrimas humedecían su velo de viuda: rodaba con sus tristes pliegues su frente sin corona y llena de pesares....! Salía de su roto corazón el grito de agonía de una alma desesperada y mas cuando pensaba en que aquella corona perdida había sido cubierta por una mortaja y sepultada en una tumba.

—¡Oh Demetrio! esclamaba muchas veces, retorciéndose las manos.

Y la infeliz vertía de esas lágrimas amargas que quedan los ojos y hacen morir cuando recaen sobre el corazón.

Una noche, acababa de atravesar la comitiva uno de esos páramos que se llaman *steppas* en Rusia, cuando se oyen gritos de repente: carga sobre la escolta una partida de hombres á caballo y la ponen en fuga. No creyendo Marina y su padre que este combate pudiese interesarles hacían de él poco caso cuando reconocieron en el jefe de los vencedores á Stadnicki su pariente y uno de los que habían servido á las ordenes de Demetrio.

—Señora, dijo á la Czarina, tengo la dicha de ser el primero en anunciaros la felicidad que os espera. De aquí á algunos pasos vais á encontrar al frente de un numeroso ejército al hijo de Iban, al Czar de Moscovia.

—A Demetriol exclamó Marina fuera de sí.
—Si señora: venid que os espera. Salvado por un favor del cielo de las catástrofes de Moscú, pronto será dueño de toda la Rusia. Al saber vuestro viaje ha dejado el camino de Jaroslaw y me envía para libertaros. Daos prisa que está impaciente.

Quedó Marina absorta en una profunda meditaci6n. ¿C6mo era posible que se hubiese libertado otra vez Demetrio del puñal de los asesinos? No podia el coraz6n de la j6ven abrirse á tanta esperanza ni á tan indecible

alegría: su frente continuaba abatida y en sus ojos no se veía el fuego de su mirada.

Al recibir el Palatino aquella nueva, no quiso profundizarla: altamente intrigante poco le importaba quien fuese su yerno con tal que fuese soberano. Pusieron en camino padre é hija para volver á Moscú; el lleno de confianza y Marina incierta, trémula y agitada de un presentimiento funesto.

Las noticias que recibió el Palatino de Stadnicki, fueron sin embargo bastante probables para infundir á la Czarina alguna confianza. Decía que Demetrio se escapó del Kremlin y de Moscú por los subterráneos de la fortaleza. Al cabo de una larga enfermedad y de muchos días de padecimiento, se había sentido capaz de montar á caballo y de conducir las tropas á la guerra, por lo que había entrado en Rusia al frente de un numeroso ejército que se aumentaba cada día y cuyo nervio eran los príncipes Rozinski y Juan Sapieha: estaba campado en Tuchino á tres leguas de Moscú.

Al fin se acerca Marina al campo donde debe encontrar á Demetrio. Apenas se pronuncia su nombre se vé rodeada de una multitud que la proclama soberana con una especie de delirio. Hasta ella misma arrastrada por lo extraño de su posición se siente con vértigos: el estruendo de la música militar, lo brillante de los uniformes, lo reluciente de las armas, los clamores, los gritos de ¡viva la Czarina! ¡viva nuestra madre! todo la turba, le hace latir el corazón, oscurece su mirada ya incierta. Apesade del caballo y guiada por su padre y Stadnicki se dirige á un campamento en que se vé desde lejos un grupo de hombres magníficamente vestidos, uno de los cuales se separa y la sale al encuentro.

Nunca había creído Marina que efectivamente se hubiera salvado Demetrio. Sin duda habría dado su sangre por reemplazar hasta la última gota que sacaron los asesinos á su esposo: y por dulce que fuese esta esperanza ¿podía acogerla habiendo visto el furor del pueblo cebarse hasta morir en el cadáver de su víctima...? Y si en efecto hubiese podido penetrar en la sombría noche de Marina el rayo de una ilusión harto preciosa para ser rechazada, pronto se hubiera desvanecido esa ilusión al solo aspecto del hombre que se acercaba en aquel instante. Es repugnante en todo su esterior: su fisonomía espresa sentimientos viles, su mirada oblicua busca la tierra y las mas bajas pasiones se formulan en su sonrisa falsa y perversa. Marina siente helarsele el corazón al recibir de aquel hombre una mirada de odio triunfador. ¿Quién es? Ella le conoce: ¡oh! si, le conoce; pero ¿donde le ha visto...? Cree estar bajo la influencia de un ensueño infernal. Una revelación le habla de aquel hombre, y sin embargo no puede darle nombre á aquella cara que la hace estremecer. De repente la rodean dos brazos, la estrechan con fuerza y una voz murmura á su oído:

—Marina, acordaos del parador aislado del bosque de Zulosz.... Aquel día me robasteis una linda novia; pero hoy me encuentro con una mujer mas bella, una esposa mas noble... Gracias por el cambio.

Marina no le oyó concluir: herida en el corazón se había arrojado en brazos de su padre diciéndole:

—Llévame de aquí ó me muero.

Luego que se quedó sola con el Palatino, rompió en sollozos sin poder explicar á su padre como conocía á aquel hombre; pero lloraba, y gritos ahogados salían de sus trémulos labios.

—Marina, la dijo su padre ¿has podido tú creer en medio de tantos acontecimientos extraordinarios en la resurrección de los muertos? Por lo que hace á mí nunca esperé tornar á ver á Demetrio.

—Ah! exclamó al fin Marina, no sabéis quién es el hombre que osa tomar el respetado nombre de mi Demetrio, de mi señor, de mi amo...? Es un miserable judío, la escoria de los humanos; es aquel hombre á quien quité la

jóven que casó despues con Chmielniki.... Dios mío! tened compasión de mí!

El palatino no sabía lo que le pasaba.

—Pero ¿estás bien segura, dijo por último á Marina, de que ese hombre es el mismo de quien conservas tan terrible memoria?

—No puedo dudarle, respondió Marina.

—Y haceis bien, dijo una voz.

Y en aquel instante entró el falsario en la tienda.

—Sí; en efecto, soy el judío Jankeli. Me habeis reconocido, Marina: lo veo: no se olvida aquel á quien se ha ofendido aunque sea el último de los hombres... En cuanto á vos, conde, no me conocéis, pero si un tanto á mi tío Egidio el sabio rabino.

Y se sonreía el miserable con satánica espresión.

—Un día me puso al cuello este talisman y me dijo que viniese á Rusia y proclamase que era el Czarowitz, hijo de Iban el terrible. He llegado á Siarodub y he dicho, «Yo soy Demetrio, hijo de Iban. Vengo á reclamar de Schuiski la corona de mi padre.» Me han recibido bien. Todas las ciudades inmediatas se han rendido: han llegado Boyardos á prestarme juramento y mis tropas han ido aumentándose. Entonces ha sido cuando se han presentado en mi campo los príncipes Sapieha y Rozinski. Con su auxilio se ha hecho formidable mi ejército: por todas partes me ha coronado la victoria. Estoy á las puertas de Moscú y voy á entrar... Ya veis, Marina, que no soy el miserable judío, la escoria de los hombres! Tengo una corona que dar: es un don magnífico, ¿no es verdad? pues bien! yo la pondré á vuestros pies.

—Jamás! exclamó ella con vehemencia.

—¿Y porqué no? repuso el impostor con calma y mirando á Marina con una sonrisa infernal. Vuestro primer marido si que era el impostor, yo soy el verdadero Demetrio.

—Cuando yo me casé con él, respondió Marina, mis padres, mis amigos, todo el pueblo le proclamaba heredero de los Czares de Moscú... Y ademas...

—Y ademas vos le amabais, ¿no es así? Eso es lo que me queréis decir. En cuanto á mí, vuestro amor y hasta vuestra ambición me son indiferentes: me dais mucho oro porque le quiero mucho y os dejaré que reineis como os acomode y que ameis á quien se os antoje.

Un sentimiento de aversión se pintó en todas las facciones de Marina. Jankeli solo le correspondió con una sonrisa y prosiguió.

—Pero es preciso que os deis prisa á reconocermé públicamente. Vuestro terror al verme, ha chocado ya mucho: es menester destruir ese mal efecto. Creedme: este es buen partido para los dos: para mí el oro, mucho oro, y para vos el poder... y la venganza.

A estas palabras sacó el Palatino á su hija de la tienda y le enseñó á lo lejos á Moscú con sus cúpulas.

—Marina, la dijo el anciano polaco, allí hay una corona... y enemigos que tú puedes hollar.

Turbase la Czarina: late su pecho á las palabras de venganza y de ambición: sus ojos brillan!

—¿Qué tengo que hacer?

—Abrazar á ese hombre.

Y el mismo Palatino echa su hija en los brazos del cobarde y codicioso judío.

El ejército que los observaba, dió gritos de alegría, cuyo estruendo hizo temblar los muros del antiguo Kremlin. Con todo, no fué aquella la sentencia de Moscú. Al cabo se resolvió Sigismundo III á intervenir en los asuntos de Rusia: él mismo entró en el reino, resuelto á unirle al de Polonia ó á hacer que proclamasen Czar de Moscú á su hijo Ladislao. El fué en persona á poner sitio á Smolensko y mientras estaba parado ante los muros de aquella ciudad se dirigió Herman Zolkiewski sobre Moscú y habiendo encontrado al Czar Schuiski cerca de Kunclin, le batió completamente, se apoderó de él y de

toda su familia (que llevó en triunfo á Varsovia) entró en Moscow, proclamó á Ladislao Czar de Rusia y para acabar con el impostor Demetrio le ofreció en nombre del rey Sigismundo III, un principado y *mucho oro...* Zolkiewski le conocía bien. Aceptó al punto el miserable é iba á formar el tratado cuando lo supo Marina. Corrió á falsario con la emoción, con la cólera de una muger ambiciosa.

—Miserable! le dijo con gesto de desprecio; miserable! ¿crees tú que me voy á quedar contigo y sin un trono? Tienes que reinar ó morir.

Estas nobles palabras son apagadas por el principe Sapieha y sus soldados... Rozinski está por Sigismundo. Tiran de los sables, se batien, corre la sangre y en medio de aquel desórden, huye el impostor y se retira á Kaluga. Sola en medio de aquellos hombres que no reconocian casi ningun freno se resuelve Marina á deberse todo á su propia grandeza. Recorre las illas, promete, amenaza,

ruega, suplica, manda y acaba por excitar el entusiasmo de aquellas hordas indisciplinadas. Todos juran reponer en el trono á Demetrio, de quien no se cuidan sino al marido de Marina Mniszcz. Deja ella entonces su trage de muger, se viste de soldado, y echando un carax á su espalda, monta á caballo y corre á Kaluga, se apodera del impostor, le impone de nuevo el nombre de Demetrio y le conduce al campo diciéndole:

—¡Cobarde! ¡aprende á dar tu vida por un trono!

Entre tanto habia sido coronado en Moscow Ladislao.. Marina hecha una heroína y un ejemplo de valor para los hombres que la rodean, se defiende con la furia de una leona contra un ejército entero en un monasterio donde se habia fortificado. Corrido Zolkiewski de verse detenido en la carrera de sus triunfos por una muger, se disponia á un asalto que incendiando el convento debia aniquilar á todos los que encerraba. Marina no queria vivir por vivir, deseaba vivir para reinar y vengarse:



El asesinato.

este deseo la dió una fuerza que hizo prodigios... Se escapó del convento despues de haberle pegado fuego ella misma y llevando siempre consigo al impostor, como simulacro de soberano vuelve á Kaluga, se encierra y se fortifica.

Aquella sed de reinar, aquella ambicion guerrera se han vuelto en Marina rabia desenfrenada que le quitaba su naturaleza y la convertia en un ser excepcional en la creacion. Aquel israelita, aquel hombre le causaba odio y desprecio, y sin embargo le eran preciosos sus dias: temia por su existencia, ella proclamaba Czar de Moscovia y verdadero Demetrio á aquel ser envilecido: ella queria que tuviese un trono porque le partia con él.

Tanto teson le valió muchos partidarios y de nuevo se vió á la cabeza de un ejército de descontentos que satisfechos de poder seguir una bandera acudian á la suya. Mas pronto iba á sonar la hora de sus últimos reveses.

Tambien se habia grangeado Marina varios Kanes de tártaros y bastante partido entre los cosacos. Desconfiado siempre el impostor porque él era cobarde y falso; dudó de la fidelidad de Urmamed, Kan de Kasimoff: sin decirle palabra á Marina, resolvió perder aquel hombre; formó este designio como podia formarle un miserable como él.

Invita á Urmamed para una partida de caza; lleva al

confiado tártaro á lo mas espeso del bosque. allí á pretesto de una conversacion importante le hace apearse: y mientras el principe tártaro cree escuchar á un amigo, recibe dos puñaladas que tienden al valiente á los pies del cobarde asesino.

Hecha la muerte se apresuró Jankeli á abrir un hoyo para enterrar allí el cadáver de su victima. Despues volvió á Kaluga á anunciar á los suyos que habiendo atentado Urmamed contra su vida habia tenido la suerte de defenderse: pero que temiendo Urmamed su cólera, habia huido hacia Moscow á guarecerse entre los enemigos.

Marina conocia al infame... leyó su crimen en la palidez de su frente y en el temblor de su cuerpo. Retrocedió al ver al monstruo que se habia puesto horrible luego que sus manos se tuvieron en sangre y apartó de él los ojos con aversion. Empero otra mirada habia leído en el alma del asesino. El principe Urusoff pariente de Urmamed, resolvió vengar su muerte: y un dia que se hallaba el impostor en un estado completo de embriaguez le apuñaló Urusoff en la propia mesa, mató á toda su comitiva y saltó al punto de Kaluga con sus tártaros.

Privada Marina de repente, de sus mejores tropas se vé un dia sola y en manos de los boyardos que la hicieron encerrar en la mas estrecha prision. La infeliz

debía espiar mas que nadie la desgracia de marchitarse sus brillantes esperanzas. (1) Y sin embargo, vencida por la suerte llegó al extremo de desdicha de REZAR POR SUS ENEMIGOS. Rezar ella! Marina...! ¡Oh! cuanto podía sufrir, en efecto! y mas cuando uniendo al rigor el insulto, la respuesta á su peticion fué una negativa.

Entonces si que quiso Marina morir... Una noche, tendida sobre la húmeda paja de su prision mientras soñaba en tormentos y cadalsos y no en gloria ni en trono, oye ruido de armas y gritos de gente que combate... Rómpele la puerta del calabozo y se precipita á los pies de Marina un hombre que besa sus manos mojóndolas de lágrimas y diciéndola con ahogada voz que la siga. Levántase ella y mira aquel hombre. Es que Dios ha oído sus quejas... Oh providencia! me has salvado! exclamó ella.

Habia tenido Marina por compañero en los juegos de su infancia á un joven polaco llamado Zarucki. Con el tiempo la amó él y la amó de corazon como merecia Marina porque era una muger noble y hermosa. No la era indiferente Zarucki; mas habia deslumbrado ya los ojos de Marina la profecía de un trono y respondió al joven:

—Para ofrecermi vuestra obediencia era preciso poder mandar.

Se alejó el desesperado y se ignoró su suerte por espacio de muchos años. Marina misma casi habia perdido ya la idea de él; mas con qué mágica luz se presentaba! Cuando los verdugos iban á apoderarse de ella para el tormento y la muerte, oía una voz que la traía á la memoria todas aquellas horas de juventud tan brillantes y tan dulces. Encontraba un corazon apasionado, una mano trémula oprimia la suya rompiendo sus cadenas mostrándole con la otra la libertad... Vencida por su emocion lloró y refrescaron las lágrimas sus ardientes ojos abrasados por largas vigiliass y por terribles sueños de una ambicion engañada. Todas las impresiones de su juventud que son siempre tan dulces, se apoderaron de su alma dándole una dulcísima alegría. Se hechó en los brazos de Zarucki y le dijo:

—Pronta estoy á seguiros ¿á donde me llevais?... Ahora soy gefe de cosacos: tengo una gran partida compuesta de hombres decididos. Nada teneis que temer bajo su custodia. Os llevaré de vuestro padre... Venid á ver vuestra patria. Al escucharle palideció Marina y retiró su mano de la de Zarucki.

—Ya no tengo patria, respondió ella moviendo lentamente la cabeza: no, ya no hay patria para mí... sino donde haya un campo de batalla, un trono... ó un sepulcro!

—La quieres? esclama el joven gefe. ¿Queis arrostrar nuevos peligros? pues bien, los correremos juntos... venid en medio de nosotros... mandareis á hombres sencillos y hasta salvages, pero sumisos á vuestra voluntad.

Vuestro dosel imperial será mas hermoso que ninguno de los de los reyes de la tierra, porque es la bóveda del cielo... vuestro trono no se compondrá de cuatro tablas de pino cubiertas de terciopelo... sino que reposará sobre el animal mas noble de la creacion... Vuestro imperio no tendrá limites porque le llevaremos hasta donde puedan llegar nuestros caballos y hasta donde alcance la punta de nuestras lanzas. Venid, Marina.

Siguióle ella conmovida á la perspectiva de la vida que se le presentaba en toda novedad... Monta en un soberbio caballo blanco y se encuentra en medio de una tropa de cara fiera y valerosa, provista de brillantes armas y cuyos gritos de amor la acogen como á su reina. Marina siente en su corazon una de esas impresiones que

deciden de todo un destino.... en aquel momento tomó su belleza un carácter sublime. Medio vestida con su rico traje desgarrado en la prision, suelto el cabello y con ojos fulminantes blande en su débil mano de muger el asta de una lanza cuya punta dirige á Moscow... y en seguida parte haciendo á los cosacos señal de que la sigan. Todos se precipitan en pos de ella. Zarucki se dejó arrastrar por aquella muger cuya ambiciosa sed enardecia la venganza. No tarda el oriente de la Rusia en ser devastado por ellos: por do quieran señalan su tránsito con el hierro y el fuego. Con todo, Marina se cansa pronto de aquella soberania movible: quiere reinar... pero reinar en paz. Zarucki que no sabe mas que obedecerla, se dirige sobre Astracan, cuya conquista apetece ella. Le toman y muere á manos del vencedor el príncipe Dimitricwicz Khworotiniu que osó defenderse... Ni aun se habia de resistir á Marina: y en aquella ciudad medio destruida á sangre y fuego, donde casi todas las mugeres están viudas ó huérfanas se sonrie Marina todavia porque es soberana.

En aquella época fué cuando se unieron Kosma Minin y el príncipe Pjarski para defender su patria y libertarla de sus enemigos interiores. A su noble llamamiento alzóse y ofreció sus servicios toda una juventud decidida. El primero á quien batieron como el mas terrible fué Zarucki. Vencido por fuerzas superiores tuvo que huir al desierto con unos cuantos que al cabo le dejaron.

Era Marina buena presa para los rusos: querian vengar en ella todos los desastres de sus guerras intestinas; así es que era perseguida con todo el encarnizamiento de una venganza salvage... pero para lograrlo era menester herir un corazon generoso, apasionado que cubria siempre el suyo....

Sucedía esto en la mitad del invierno de 1612.... del invierno!... en esa parte de la Rusia en que las mismas fieras temen el rigor del frio.—Marina se arrastraba penosamente sobre la tierra endurecida que sus pies hacian sonar con un ruido siniestro.... Muchas veces de sus ojos secos y abrasados con el fuego de la fiebre, se desprendian algunas lágrimas que el frio helaba al punto sobre sus mejillas. Llorar... Marina!... Ella!... Ah!... es que la infeliz temia ahora tambien por un ser querido!.... por su hijo, pobre flor nacida en una tempestad, al borde de un abismo... y que debía gozar muy pocas primaveras.... Zarucki miraba á esta muger.... á este niño.... casi moribundos de fatiga, de frio y de hambre!... y la rabia hacia rechinar sus dientes. Pero entonces al encontrarse sus miradas con las de Marina, se sentia con fuerzas para ausiliar su marcha... para llevar á su hijo... De este modo atravesaron los dos prospectos aquellas soledades inmensas en que ni una casa se ofrece á la vista del hombre... un dia decidieron subir á los montes de *Oural*.... Dejaron la nieve sobre la cual acababan de descansar y que se extendía á lo lejos delante de ellos, sobre aquella naturaleza privada de vida, con una sábana sobre el cadáver que vá á ser amortajado.

Los desgraciados caminaban con el mayor trabajo sin hablarse porque hay dolores que solo pueden espresarse con el silencio.... De repente se levanta en torno suyo una tormenta, la nieve les envuelve y los ciega; una tempestad horrorosa la hace arremolinarse y los obliga á permanecer quietos, porque no ven buella que puedan seguir.... hallándose como en una nube espesa. Aquella cortina se rasga de pronto, y allí delante de ellos, dejase ver una horrible aparicion.... eran hombres.... pero enemigos.... porque al descubrir á los prospectos lanzan ahullidos de alegría.... Zarucki saca su sable.... pero su mano helada por el frio no puede cerrar el puño.... Los salvages que le rodean se rien de su debilidad y lo hieren todos á una con sus lanzas y sus sables... El infeliz cae á los pies de Marina enroje-

(1) He consultado para esta biografía, todas las historias de Rusia que tenemos, y en especial las del Everke y Castera: pero me complazco en rendir homenaje á un libro en que he hallado detalles muy interesantes á saber: en el del conde Arturo Potocki.

ciendo la nieve con su sangre y dirigiendo la última mirada á la muger que le costaba la vida....

Durante el corto tiempo que duró su agonía vió á Marina atada con correas y cuerdas, y rodeada de aquellos hombres cuya áspera y negra barba y espresion casi sántica les daba el aspecto de *demonios de un infierno de hielo*.... Marina, silenciosa y altiva no respondia á sus preguntas, y sin embargo entendia su language porque aquellos hombres eran rusos, pero sabia tambien que por lo mismo que eran rusos, no podia esperar perdon ni piedad de ellos....

De pronto un grito penetrante y dulce hace estremecer aquel corazon cuya angustia no habia revelado ninguna emoci6n exterior: Marina responde á ese grito con el de una alma despedazada.... es su hijo, el niño Demetrio que la llamaba con su dulce voz.... pobre niño!..... pobre angel.... tan temprano llamado al cielo!....

El gefe de la tropa hablaba en voz baja con algunos de sus hombres.... la suerte de Marina era la que en su infernal consejo ventilaban....

—Que muera! decia el gefe.

—La recompensa será mayor si la llevamos á Moscow!..... decia otro.

—No podrá llegar, decia un tercero, viendo á Marina que se caía desfallecida sobre la nieve enrojecida con la sangre de Zarucki....

En aquel momento uno de los caballos hiere la tierra con su pie, el sonido es sordo y retumba debajo de la tierra. El gefe se sonríe con la alegría de un demonio; hace una señal que entienden sus compañeros; con las hachas que llevan en el arzon de sus sillars golpean la nieve endurecida y logran romper el hielo que cubre al Jaick; pronto las aguas del rio surgen por encima de la abertura.... Los rusos levantan el cuerpo de Zarucki y lo arrojan al rio; ejerciendo así sobre un cadáver su venganza. En seguida se acercan á Marina la cogen y la anuncian que el Jaick será su última mo-

rada..... Marina no responde.... ¿Qué habia de decirles? su alma conversaba ya con Dios.... y su última palabra debia ser una plegaria.... Entonces sus verdugos la agarraron, y como en los juegos de los demonios del infierno, la lanzan con gritos de alegría en su tumba helada!....

En aquel instante redobló su violencia la tempestad, la tormenta arremolinó la nieve sobre aquella abertura que acababa de tragarse una de las hermosas obras de la creacion, y le sirvió de piedra sepulcral. Los rusos miraban silenciosos desaparecer hasta el menor vestigio de su victima... Ya no cantaban!.. el horror de semejante espectáculo habia avasallado hasta á los verdugos!....

—Ya hemos concluido, dijo al fin el gefe.... partamos!..... Y volvieron á subir el monte á caballo, cuando el mismo grito dulce y lastimero rompió otra vez el silencio de la soledad.... Era el huerfanito que yacia sobre la nieve casi agonizando de frio y de hambre....

—Ola! dijo el gefe aproximándose á él.... eres tú de este mundo, vástago maldito?... El niño alzó hacia él dos grandes ojos casi apagados y levantó sus brazos.... el gefe lo tomó en los suyos.... El pobre angel no lanzó ni un grito.... un solo gemido, dulce como su rostro infantil, se escapó de su pecho, cuando la pesada mano del verdugo de su madre apretó con una correa su cuello blanco y redondo como el de un cisne.... en seguida arrojó el cuerpo sobre la nieve y corrió á unirse con sus compañeros á todo el galope de su caballo..... Pronto el ruido de su carrera se debilitó por grados.... La soledad volvió á entrar en todo el horror de su silencio, y el cadáver de un niño quedó como el único vestigio del drama que acababa de representarse.

LA DUQUESA DE ABRANTES.

UNA ORGIA EN EL MAR.

FANTASIA

A MI AMIGO JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

—Otra botella!

—No, Guillermo, cuatro!

—Bien! bien! venga vino.

—Si, si, vino, gritaron todos.

—Ola! capitan, bebed!

—A la salud de nuestro capitan, compañeros, dijo Guillermo levantando su copa,

Y brindaron de nuevo. Todos bebieron, á bordo de la fragata, brindaron por cada uno y haciendo beber á los demas. Las copas se cruzaban, rompiéndolas al son de las cántigas que sus vinosas voces entonaban, y en tanto la nave surcaba los mares sin cuidarse de ellos, así como aquellos hombres ébrios se olvidaban de ella y con ella de su propia existencia. Reían desaforadamente con una botella en la mano: esta botella era su único porvenir, su única esperanza, y mientras les durase se creían mas poderosos que reyes. Su corona régia era una copa de vino: sus riquezas un tonel.

La embriaguez subía de punto: uno de ellos se levantó para llamar á otro que se paseaba agitado por la popa.

—Eh! Betini, venid, y bebereis con nosotros.

—Gracias.

—Por Dios, que habeis de beber en mi copa!

—Os repito que no: estamos en un gran peligro, y vos sobre todo, capitan....

—Silencio, dijo el que le invitaba, y arrojó el vino de su copa en la cara de Betini, dando al mismo tiempo una estrepitosa carcajada que fué imitada por los demas, tirándole tambien el vino y hasta las copas á la cabeza.

—Miserables! ¿qué haceis?... Ah! me vengaré!

—Si, vengaos; pero ya no bebereis mas vino del que teneis encima.

Estas palabras fueron acogidas con una salva de aplausos, y Betini brotando fuego por los ojos, se precipitó en la cámara.

—Mi capitan, dijo Guillermo, desde que soy piloto en vuestra fragata no os he visto tan alegre!

—Si: este vino es capaz de alegrar á un muerto, menos á ese necio de Betini.... ¿Donde está Betini? Que venga á apurar mi copa, ó le arrojó al mar para que sirva de alimento á los peces.... mas hambrientos de carne que él deseoso de beber vino.

—Capitan, gritó uno de los pasajeros que salía de la cámara con los cabellos erizados y los ojos espantados; capitan....

—¿Quién me llama?... ah!.. el diablo! pues no es mala ocasion....

—El diablo! exclamaron todos riéndose. Que se lleve á Betini, que ha bebido bastante.....

—Silencio, desgraciados... silencio, capitán, y veamos un medio de salvarnos, porque estamos perdidos.

—¡Perdidos!... dijo el capitán examinando las botellas. Ah! mientes, aun queda vino.

Bebáosle y nos acompañarás. El diablo debe siempre tomar parte de lo que me pertenece.

—Ah! Guillermo, capitán, repito que estamos perdidos; el buque está ardiendo y vamos todos á perecer!

—Perecer!... exclamó el capitán bebiendo, deja que se acabe el vino, y entonces... es mas dulce la muerte.....

—Dios mío! están borrachos y no hay remedio! repuso fuera de sí aquel infeliz pasajero.

Todos los demás habían salido precipitadamente de la cámara, y se lanzaron sobre el capitán gritando:

—Venid á salvarnos!

—A salvaros..... si....

El capitán dió una carcajada y cayó al suelo, quedando inmóvil como un cadáver.

Ya no podían beber: el vino se había acabado y las llamas se iban apoderando de la fragata; los pasajeros

imploraban el socorro del cielo; pero no les quedaba otro recurso que la muerte.

El capitán insensible á todo menos al fuego, al sentir el calor de las llamas, quiso incorporarse y se oyó que decía:

—Por vida de.... de ese diablo!... Betini....

Y la risa pronta á estallar en sus labios, se abrasó en su boca. Ya no existía!

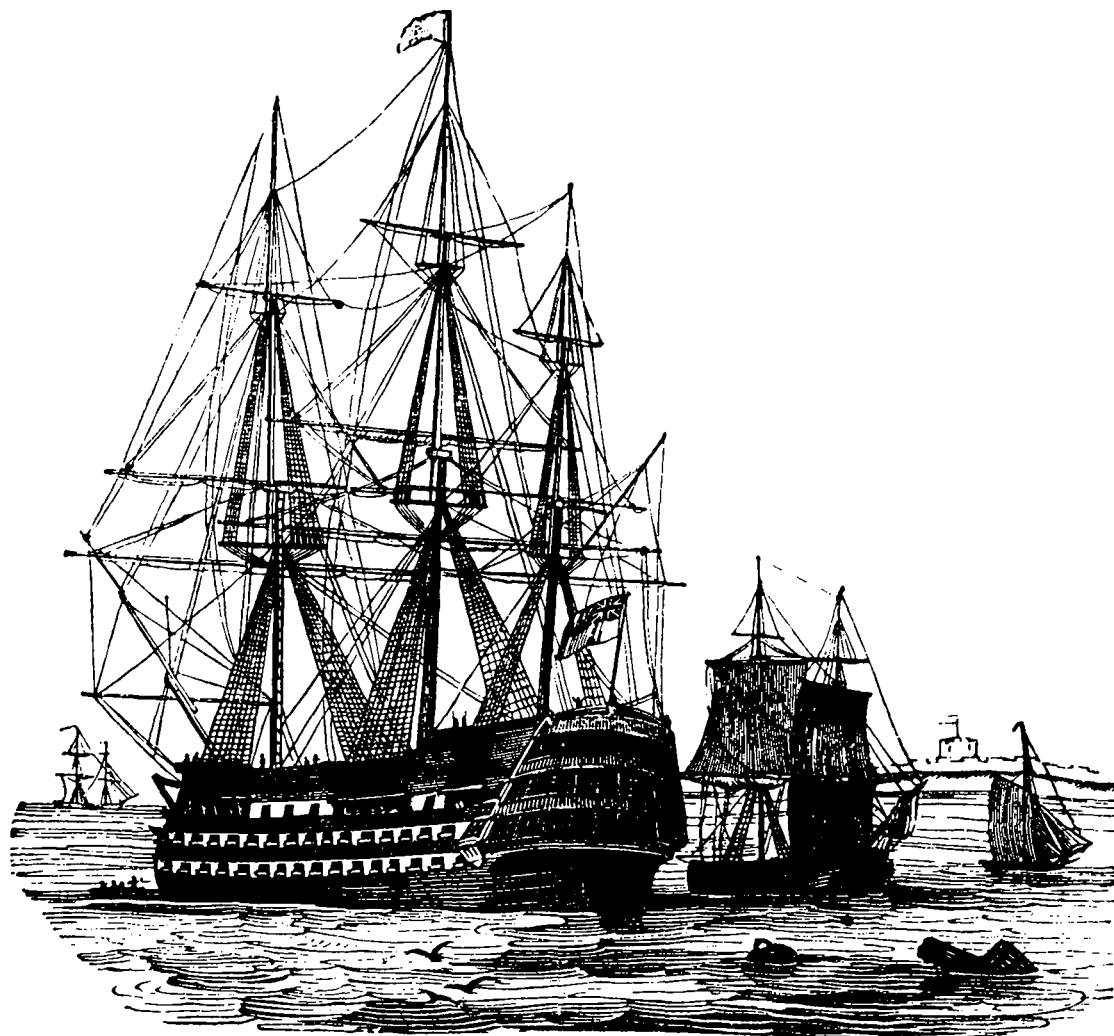
Los menos borrachos haciendo un esfuerzo, se levantaron para buscar un refugio en la proa y un hombre, ó mas bien un demonio los iba precipitando en el fuego; la ferocidad de su risa solo igualaba á la ferocidad de las llamas.

El buque voló y un poco antes se distinguió en el *bauprés*, la sombra de un hombre, de Betini, que se arrojó al mar diciendo:

—Estoy vengado..... miserables!

Su cuerpo había caído en las aguas que lo sepultaron como sepultaron á la fragata, y las cenizas de aquellos desgraciados que no habían tenido otro porvenir que su botella.

TEODORO GUERRERO.



ESTUDIOS DE VIAGES.

AMSTERDAM. (1)

Teatro de Variedades.

Llegamos á AMSTERDAM de noche y lloviendo. Desde el sitio en que nos apeamos hasta el hotel del *Gran Doelen* á que nos condujo nuestro buen *Soetens* había una distancia regular. Al atravesar un puente, mi pobre Pelegrín que ya iba andando con bastante trabajo, resvaló, y dió con sus botas y su humanidad en tierra, ó por mejor decir en lodo; levantámosle entre los dos, y le llevamos hasta el hotel asido de los brazos, ni mas ni menos que como en las plazas de toros de España se suele conducir á un picador que acaba de sufrir un porrazo solemne. Entramos en el hotel, nos acomodamos en la cámara núm. 32, se mudó Tirabeque de ropa, nos calentamos, bajamos á comer, y acabada la comida, á propuesta de *Mr. Soetens* nos fuimos á pasar la noche al teatro de Variedades.

Pero antes, también á invitación suya, entramos en el *café français de Hamel*, el mas concurrido de la mas florida juventud de AMSTERDAM. Tomamos nuestro té y pasamos al teatro. Hay en AMSTERDAM tres teatros, el francés, el alemán y el holandés que era este. *Quinze sous* cuesta la entrada con asiento de luneta ó de galería, pero son *quinze sous de florin*, que equivalen á unos 6 ó 7 rs. de España; si bien allí *15 sous* son tan friolera como serian aquí 6 ú 8 cuartos; todo consiste en el precio respectivo de las cosas con arreglo al valor de las monedas. Así la Holanda es carísima para un español, puesto que 10 pesetas de aquí hacen menos de 5 florines allá, y con 5 florines allá no se hace tanto como con 3 ó 4 pesetas acá, por manera que yo me engañé mucho en mis cálculos, ó viene á resultar una diferencia de carestía de España á Holanda como de 4 á 10. Observacion, que pienso no es indiferente para quien se proponga viajar.

Pero vamos á nuestro teatro, — «Guardad esos billetes, nos dijo *Soetens*, para el uso que despues os diré. En efecto no hicimos mas que enseñarlos á la entrada, y los guardamos en seguida. Tomamos tres asientos seguidos de luneta, los primeros que se nos depararon, por que tampoco están numerados allí. El teatro no era grande, pero se notaba que la sociedad era bastante escogida. Dió principio la representacion, que consistió en dos *Vaudevilles* alternados entre canto y declamacion como en Francia. Los actores se conocia que ejecutaban con propiedad, gracia y desembarazo, mas para nosotros no pasaba de una pantomima, puesto que la representacion era en holandés, y no podíamos comprender una sola palabra. —

«Entiendes algo, Pelegrín? le preguntaba yo á mi lego. — Señor, me respondia, lléveme el diablo si hasta ahora he podido entender mas de toda la comedia, sino que hay una dama vestida de hombre, y un amante que rabia de celos, lo cual me indica que los celos son una enfermedad rabiosa hasta en Holanda.»

La pieza debía estar sembrada de chistes, por que de tiempo en tiempo los serios holandeses daban de mano

á su natural gravedad, y reian con toda su alma. Las señoras y caballeros que estaban cerca de nosotros, creyendonos tambien holandeses, solian mirarnos como quien desea compartir con otros los goces de una sal cómica; yo reia tambien con ellos sin saber de qué, y Tirabeque lo hacia tan á lo vivo, que logró llamar la atencion con sus risotadas, y luego añadia. «¡qué graciosa es la comedia, mi amo ¡Cómome divierte!» Pero una cosa vino impensadamente á alegrarnos mas que á todos los holandeses juntos; y fué que uno de los aires cantables del Vaudeville era el de nuestra antigua cancion española:

General Santocildes;
con tus soldados etc.
Trailo, Marica, trailo,
trailo, Marica.

Tirabeque saltaba del asiento, y confieso que á mi tambien me alegró el diablo de la cantinela, tan plebeya como ella es, por el placer de verla adoptada en un país y en un sitio donde no podia esperarlo. No faltó sin embargo un holandés á quien debió hacer mas gracia que á nosotros puesto que se puso á acompañar en alta voz á los cantantes, lo cual produjo que un agente de policía le echara mano y le hiciera salir del teatro con mucha complacencia del público. Yo no sé si en el entusiasmo de aquel hombre tendria mas parte el vinillo que un resto de aficion de los naturales del país á los aires musicales de los españoles que por allá en otro tiempo anduvieron.

Concluyóse un acto, se bajó el telon, y entonces fué cuando vi la cosa mas nueva y menos usada que en materia de teatros he presenciado. Caláronse todos los sombreros (esto no es nuevo); en seguida cada uno fué sacando su puro ó su pipa (esto ya es nuevo); y comenzaron á fumar de lo lindo (esto es mas nuevo todavia.) Mas de 400 pipas humeaban en el salón; la atmósfera se fué condensando, y las hermanas holandesas sufrían la humarada con una impasibilidad admirable, como quienes á ello estaban muy acostumbradas. Del rigor inexorable del sistema prohibitivo de la Francia en materia de fumar en sociedad, hasta la libertad completa y absoluta que reinaba en aquel teatro de la ciudad mas considerable de Holanda, vean vds. si hay grados de distancia, y si habrá diferencia de costumbres de pueblo á pueblo.

No paró en esto todavia. — «¿Qué es lo que queréis tomar ahora? nos preguntó *Soetens*. — Yo nada, le respondí. — Hariais mal; vos no debeis perder el derecho que os da vuestro billete; no tenéis sino entregarle, y pedir (sin que nada os cueste) ó bien un ponche, ó una botella de cerveza, ó unas copas, ó lo que mas os acomode. — Bien, le dije, saldremos á tomarlo. — Ah, no, aquí mismo.»

En efecto, de trecho en trecho entre las mismas lunetas hay unas mesitas de muelle, las cuales sesuben, y sobre ellas se sirve lo que pide cada uno á la presentacion del billete, que se entrega definitivamente entonces, sin mas coste que el de los *15 sous* de entrada. El salon se convirtió instantáneamente en café de confianza: todos fumaban y bebían, y nosotros bebimos y fumamos tambien, con arreglo al «*dum Rome fueris*» Los tres golpes de anuncio de levantar el telon intimaban poner término al refresco; los mozos acudieron á limpiar las mesas, se bajaron estas, se levantó el telon, dió principio el segundo acto, y así continuó poco mas ó menos el resto de la

(1) Este artículo está tomado de los viajes de Fr. Gerundio recientemente publicados y que se hallan de venta en el gabinete literario, calle del Principe numero 25.

uncion hasta las 11, que salimos muy complacidos de haber visto una novedad teatral.

Idea general de la poblacion.

Eso fué lo que procuramos al dia siguiente, formar una idea de aquella ciudad bajo mil aspectos notabilisima. El amigo *Soetens* no nos pudo acompañar, por tener aquel dia ocupaciones perentorias. El guia ó *comisionaire* que nos tocó no podia ser mas cortado para el objeto; él se las podia apostar á desgarrado al mas desgarrado holandés, pero vive Dios que en punto á andar, cada zancada suya nos hacia á nosotros echar un medio galope: incan-

sable y nada compasivo, nos molió, fatigó y asendereó muy á su sabor, como si se hubiera propuesto decir. «¿Queréis ver á AMSTERDAM? Pues yo os haré ver mas AMSTERDAM de lo que desear pudiérais.» Y lo cumplió á las mil maravillas, pese á nuestras piernas.

AMSTERDAM, ese gran depósito mercantil del Norte, y uno de los primeros del universo; esa gran plaza de mercado del continente Europeo, esa ciudad-isla que sostiene relaciones comerciales con todos los pueblos conocidos del globo, está toda fundada sobre estacas en un terreno fangoso mas bajo que el nivel del mar, entre el *lago de Harlem*, el lago mucho mas estenso todavia del *Zuidercé*, y entre los rios *Amstel* ó *Y ó Wy*: cruzada en su interior por cuatro anchisimos canales que corren paralelos al foso que la circunda, amen de otros mil canales que dividen la po-



Vista del Real Palacio de Amsterdam.

blacion en 93 islas, unidas por 290 puentes de piedra ó de madera, construídos de modo que dejan paso á las embarcaciones, de manera que por las calles de AMSTERDAM andan los buques de arriba á abajo ni mas ni menos que cruzan los coches por las calles de Madrid. ¡Espectáculo nuevo y singular para un español!

Hacíaseme inverosímil y difícil de creer, á mi Fr. Gerundio, eso de que 50,000 casas y multitud de otros vastos y soberbios edificios hubieran de estar fundados sobre estacas clavadas en el cenagoso suelo: mucho mas cuando al entrar en el Palacio Real me decian tambien; «este palacio está sostenido por 13,693 estacas; cuando al visitar el Palacio de la Marina me decian tambien: «18,000 estacas sostienen este edificio.» Pero no tardé en convenirme de la verdad, puesto que yo llegué en ocasion que se estaban echando los cimientos del gran edificio que ha de servir de Bolsa en sustitucion de la antigua: y tuve el gusto de ver por mis mismos ojos clavar en el agua las estacas que le habian de servir de cimiento. Eran estas de unos 50 á 60 pies de largas, es decir, eran árboles enteros, é introducianlos con el auxilio de una máquina manejada por diez ó doce hombres que trabajaban al son de una cantinela del pais cantada á coro, tan pausada como el caracter de sus habitantes, y cuyos compases marcaban los golpes de los operarios.

La existencia de AMSTERDAM es un prodigio diario. Mirada desde la torre del Palacio real, se la vé interior y esteriormente como embutida en agua; y lo que es mas, se alcanza á ver el mar del Norte como suspenso sobre toda la Holanda septentrional, amenazando desplomarse sobre ella, tragarla, sumirla, ahogarla bajo el peso de sus flotas. ¿Quién contiene, quién refrena las aguas del amenazante Oceano? Los diques, esa obra atrevida de los emprendedores holandeses. Si los diques se rompieran, si descuidáran su esmerado entretenimiento por algunos meses no mas. ¡ay de ellos y de su pais! El mar se lanzaria sobre ellos y se absorveria poblaciones y habitantes. De vida ó de muerte es para ellos el asiduo entretenimiento, la buena conservacion de los diques. Millares de florines consume cada dia, millones y millones de florines invierte cada año la sola ciudad de AMSTERDAM en el entretenimiento y conservacion de los grandes diques.

El que separa las aguas de su puerto consiste en dos lineas de estacadas, á distancia de 80 pies, dejando abiertas para la entrada de los buques 21 embocaduras, que se custodian con mucho cuidado durante la noche, y que constituye al mismo tiempo uno de sus mas deliciosos paseos. La ciudad está circundada de un foso guarnecido de 26 bastiones, cada uno de ellos con un

molino de viento. Y el pueblo tiene la configuración de una herradura, ó mas bien del salon de un coliseo por dentro.

Calles, casas, coches y carros.

Por fortuna el tiempo se habia declarado otra vez en bonanza. Desde el momento que salimos del hotel halló Tirabeque no poco que admirar, y no poco sobre que hacer preguntas, lo cual nos convino muy mucho para conseguir algunas pausas de nuestro escesivamente andante *comisionaire*.

Cuando él vió las de *Amsterdam* (casi todas de ladrillo con su remate en festones), tan altas y supinas, y con mas inclinacion todavia en su parte superior que las de *Rotterdam*, como amenazando desplomarse sobre los transeuntes, «Señor, me dijo, en el medio consiste la virtud.» Y se me plantó en medio de la calle. —Ven aqui, hombre, le decia yo, que bien sé que te ha de gustar ir por estas anchas aceras de ladrillo colocado de plano, por el cual se anda lo mismo que por una sala. —Así será, mi amo, y yo iria por ellas de buena gana, y así podria seguir mejor á este desdichado de *comisionista*, que sin duda se ha figurado que venimos á ganar algun jubileo á *Amsterdam*. —Mira, desde aqui se goza todo el efecto que hacen las casas del otro lado, con sus fachadas pintadas al óleo y barnizadas, con sus soberbias ventanas de grandes y clarísimos cristales. —Si señor, que son muy bonitas y hacen una vista hermosa, pero crea vd. que las veo perfectamente desde el medio de la calle.

«Oiga vd., Señor *Comisionista* (añadió) hágame vd. el favor de no correr tanto. ¿Me dirá vd. que significan aquellas ruedas que se ven en todas las casas casi debajo del alero del tejado? —*Oui, Monsieur; elles son des poulies*. —Que son *pulidas* ya lo veo yo; pero queria saber qué servicio hacian. —No te ha dicho que sean *pulidas* hombre, sino *poléas*, trócleas ó garruchas, que servirán para hacer subir á los últimos pisos de las casas lo que sea necesario. —Es verdad, repuso el *comisionaire*; aqui apenas se sube cargamento alguno por las escaleras; todo se hace por medio de esas garruchas, que es mas económico, mas sencillo y mas breve.

«Digame vd., querido (le pregunté yo despues): no habiendo visto una sola piedra ni grande ni chica en todos los Países-Bajos, y hallando ahora empedradas las calles de *Amsterdam*, ¿se servirá vd. decirme de donde se trae esta piedra? —¡Oh! si, esta piedra se trae de Suecia ó del *Luxemburg*. —¡Oh diablo! esto será muy costoso. —Al contrario los buques la traen de lastre y cuesta una friolera. En tal caso mas os admirará lo que os voy á decir. ¿Veis esta poblacion tan numerosa, y tan rodeada y empapada de aguas por dentro y fuera? Pues aqui no hay agua potable. —¡Como! ¿Una poblacion de 220 mil almas no tiene agua que beber! —Absolutamente: en vano el gobierno ha intentado muchas veces hacer venir la de *Utrecht*, que es exquisita. Se recoge la que se puede de las lluvias en bellas y vastas cisternas; la demas se vá á buscar al pequeño rio *Veekt* distante 2 leguas de aqui, la cual es mediana, ó bien á *Utrecht*, que dista 10, y es mejor; pero la multitud de canales, la facilidad y baratura de los trasportes hace que los muchos artillos de que carecemos los tengamos abundantes y á un precio módico.»

Hablando esto íbamos por la anchurosa calle de *Heeren Gracht*, larga como de media legua, cuando de repente dá Tirabeque un grito de sorpresa diciendo: «Señor, señor, un coche andando sin ruedas!» Así era la verdad. Usan en *Amsterdam* una especie de coches sin ruedas (*trainaux*), tirados por uno ó dos

caballos, en que la caja descansa sobre dos varas que van arrastrando por el suelo, y por consecuencia sin hacer oscilacion ni ruido alguno. Son muy comunes en *Amsterdam*, pero no podrian usarse donde el empedrado fuese de piedras prominentes como en España, y no planas como alli. Los coches de ruedas se usan poco, y aun antes eran prohibidos, á causa de la poca solidez del terreno, escepto para algunos grandes señores que gozaban de este privilegio.

No menos le admiró á Tirabeque la figura de los carros del país, todos pintaditos de verde y muy limpios, sin timon, y sin que los caballos vayan uncidos á él, sino delante marchando libremente sin el peso del carro. El carretero es el que gobierna con sus mismos pies una especie de timon corvo, con el que dá al carro la direccion que le conviene ó acomoda, lo cual tampoco podria hacerse sino en un terreno como aquel, todo llano y sin la mas pequeña cuesta ni descenso; sin el mas pequeño declive.

Ellas y ellos.

Mucho reparas, Pelegrin, y con mucha detencion observas las hermanitas de este país. —Señor, ¿qué cosa mas natural en un extranjero? —Y bien, ¿qué te parecen? —Señor, parécenme bastante bien en lo general y en lo particular, y nunca pensé yo encontrar en una tierra tan pantanosa y tan húmeda unas habitantas tan frescas, tan sanotas, tan coloradas y tan robustas. —No lo son solo ellas, sino que tambien los hombres lo son en general. —Señor, en ellos no he reparado, pero bien podrá ser, por que como dice el refran español: «donde buenas yeguas paren, buenos potros se crían.» —Pleheyo es el refran, Pelegrin, y de estilo en demasia humilde. —En un lego todo está bien, mi amo; cuanto mas que aqui no hay quien me pueda corregir la plana, y lo que importa es que nos entendamos los dos, que pienso habrá vd. entendido bien lo que he querido decir. —Si, si, demasiado.

«Señor ¿Y qué casta de mugeres serán esas que llevan una patena de plata ó de oro en cada sien, y una especie de tirabuzon ó sacatrapos del mismo metal, que en otras parece tambien un muelle de acero, como si fuera un muelle de reloj? —Muchas mugeres del país usan ese género de adorno, pero las que mas comunmente le gastan son las frisonas. —¿Las de la tierra de los caballos frisonos? —Eso es, de la *Frisia*, una de las provincias mas septentrionales de Holanda. —Señor, así son ellas tan mugeronas y tan rollizas. —En la *Frisia* todo es de mucha talla, Pelegrin: la raza humana, la de los caballos, la de los carneros, la de las vacas, todo es corpulento, aun que no todo igualmente robusto.»

Seguramente es particular el prendido de las mugeres de los Países-Bajos, especialmente de las frisonas y de otras provincias limítrofes. Consiste este en una cofia de finísimo lienzo y muy ajustada á la cabeza con un ancho y fino encaje que cae sobre la frente, y unas laminas ó planchas de plata u oro que pasan formando un semicírculo por detrás de la cabeza viniendo á rematar en forma de patenas sobre las sienes y á cuyas estremidades arrancan dos especies de tirabuzones ó sean dos espirales del mismo metal, de los cuales cuelgan dos largos pendientes. Estos adornos suelen costarles 20 ó 30 doblones de nuestra moneda. Y como generalmente son de plata u oro, y ellas los llevan siempre tan limpios y tan bruñidos, relumbran las cabezas de las holandesas á larga distancia que parece que llevan en ellas dos luceros.

Esto y un zagalejo de percal, con su jubon de guar-

niciones, que bajaban desde la cintura como una cuarta ó media tercia, es el traje comun de las mugeres del país. Y su aseó en los vestidos guarda perfecta armonia con el aseó de las casas.

Los holandeses con sus anchos pantalones de pana azul, sus sombreros de copa y alas tambien anchas, y su andar pausado y singallardia, remedan á algunos mercaderes ambulantes de Galicia y de Castilla la Vieja. Y aun el vestido del día de fiesta de los paisanos del *Rhynland* y del *Delftland*, con su sombrero de tres picos, su calzon corto con cuatro grandes botones de plata en la pretina, y su chupa de calamaico con espesa botonadura de metal, trae á la memoria mas de cuatro tipos españoles, y representan una página vieja y bien conservada del libro de nuestra antigua dominacion.

Se entiende que se habla de la clase comun del pueblo. Por lo demás las señoras no se distinguen en el gusto y maneras de vestir de las francesas y españolas, sino en el uso de ciertas telas de mayor abrigo; y los diarios de modas de París están tan difundidos entre las familias ricas como lo están para felicidad y ventura de la España entre las nuestras. Los señores holandeses son mas dados á vestir, vivir y comer á la inglesa que á la francesa. En Holanda se ve mas la Inglaterra que la Francia, y aun á mi juicio los holandeses son una media tinta entre los ingleses y los alemanes.

Comercio, industria, y riqueza.

Se ha dicho hace mucho tiempo que los holandeses son los traginantes del comercio marítimo de Europa. Asi es y no puede menos de ser; porque los habitantes de un país donde á veces se suele pagar 40 florines, ó sea mas de media onza española por una libra de uvas, no parece que se podrán dedicar mucho á cabar viñas. Asi pues colocados á la orilla del mar y á la embocadura de grandes rios que penetran en el corazón de la Europa, se han hecho los arrieros del comercio, y con sus buques chatos y barrigudos, tan pesados como ellos, llevan mas cargamento que los de ninguna otra nacion; y esto unido á la facilidad de su maniobra hace que nadie pueda trasportar tan barato como ellos, y se han hecho dueños del cabotage de toda Europa.

Pues bien; la Holanda es un país mercantil; AMSTERDAM es el gran mercado de la Holanda, es el puerto de sus puertos, es su emporio comercial, con que bien puede el lector discurrir lo que será AMSTERDAM. Supónese que el ilustre autor de *Telemaco* tenia á la vista el puerto de AMSTERDAM cuando describió este interesante cuadro de la ciudad de Tiro: «yo no podia saciar mis ojos del espectáculo magnífico de aquella gran ciudad donde todo estaba en movimiento. Yo no voia allí como en las ciudades de la Grecia holgazanes y curiosos que acuden á saber noticias á la plaza pública, ó se entre-tienen en pasar revista á los extranjeros que arriban al puerto (1). Los hombres están ocupados en descargar los buques, en trasportar las mercancías ó en venderlas, en arreglar sus almacenes, ó en ajustar cuentas con los negociantes extranjeros.»

¿Y qué hubiera dicho el hermano Fenelon, si como Fr. Gerundio hubiera visitado el *arsenal de la marina*? Por cierto que el muy reverendo arzobispo francés podia con ser tan mal recibido del conserje como lo fué el menos reverendo fraile español; por que si bien creyén-

donos franceses frunció el ceño y se nos mostró no nada simpático, cuando le dijimos que éramos españoles no se manifestó mas adicto y devoto; españoles y franceses le hacíamos poquísima gracia, pero al fin, aunque harto recalcitrante, nos otorgó bruscamente un permiso para visitar el establecimiento.

¡Qué cosa tan vasta y tan magnífica es el *arsenal de la marina de AMSTERDAM*? Aquello es una poblacion entera: como unos 3,000 operarios trabajaban en la construcción de multitud de buques de todas clases y tamaños, entre ellos varias fragatas y un navio de tres puñtes y de 93 cañones; la hermosa fragata *Doggersbank* de 60 cañones se iba á botar al agua la semana próxima. El ruido del martillo y de la sierra retumbando en los vientres de aquellas grandes máquinas que dentro de poco tiempo habian de surcar los mares de uno á otro extremo del globo, me hacian recordar tristemente, á mi Fr. Gerundio el inanimado silencio que siete meses antes habia observado en el *arsenal de la Carraca de Cadiz*.

Salimos de allí, y pasamos á ver el *gran depósito mercantil de AMSTERDAM*. Consiste este en dos larguissimas hileras de edificios unidos, á un lado y otro de un ancho canal, en que se depositan los géneros y mercancías de todas las principales ciudades mercantiles del mundo. Cada una de ellas tiene un almacén particular, que se distingue por el nombre de la poblacion escrito sobre la puertacorrespondiente. Buscamos las de España, y se nos hizo no poco extraño no encontrar á *Barcelona*, muchos habiendo visto á *Cadiz* y alguna otra plaza española de comercio. No pudimos averiguar la causa de esta falta. El aspecto de este *gran depósito*, de una estension que se pierde de vista, es tristísimo. El pardo-oscuro de las fachadas de los edificios y de color casi negro de las puertas y ventanas, entristece tanto al observador como alegrará á los dueños la riqueza que dentro de ellos hay encerrada.

Entre los ramos de comercio de exportacion de los holandeses, además de los finisimos lienzos, del precioso papel de Holanda, y otros artículos conocidos y sabidos de todos, merece particular mencion la *pescadel arenque*, (1) pues como decia muy bien Voltaire; «la pesca del arenque, que parece una cosa de bien poca importancia en la historia del mundo, ha dado á la Holanda marinos intrépidos y temibles, acostumbrados á una vida dura, sobria y activa, á una disciplina severa, y á una grande economía.»

Mas de 2,000 barcos destina sola la ciudad de AMSTERDAM á la pesca del arenque: el arte de salarlos y conservarlos fué inventado por un tal *Guillermo Beukels*. Parece que un inventor de salar arenques no debia hacer gran figura entre los hombres célebres: sin embargo la memoria de *Guillermo Beukels*, está en gran veneracion entre los holandeses, y el mismo emperador Carlos V no se desdenó de visitar la tumba del autor de un descubrimiento que tanta riqueza ha reportado á la Holanda. La noche de San Juan, á las 12 de ella, cuando en España empieza la gente á entregarse á la broma y al jaleo de la verbena, entonces es cuando en Holanda se dá principio cada año á la pesca del arenque. En España la noche de San Juan se gasta el dinero en pescar monas, en Holanda se pescan arenques que les valen dinero: cada país tiene sus usos y costumbres, y cada país es tan rico ó tan pobre como le lleva el genio y vamos andando, que mas goza el pobre que se divierte que el rico que cabila y se afana.

Habíamos observado mucho traer y llevar de una parte á otra una especie de herradas de madera barniza-

(1) De buena nos libramos con no haberle dado al Sr. Fenelon el antojo de venirse por España en lugar de ir á la Grecia, que sino, mas cerca habia comparacion.

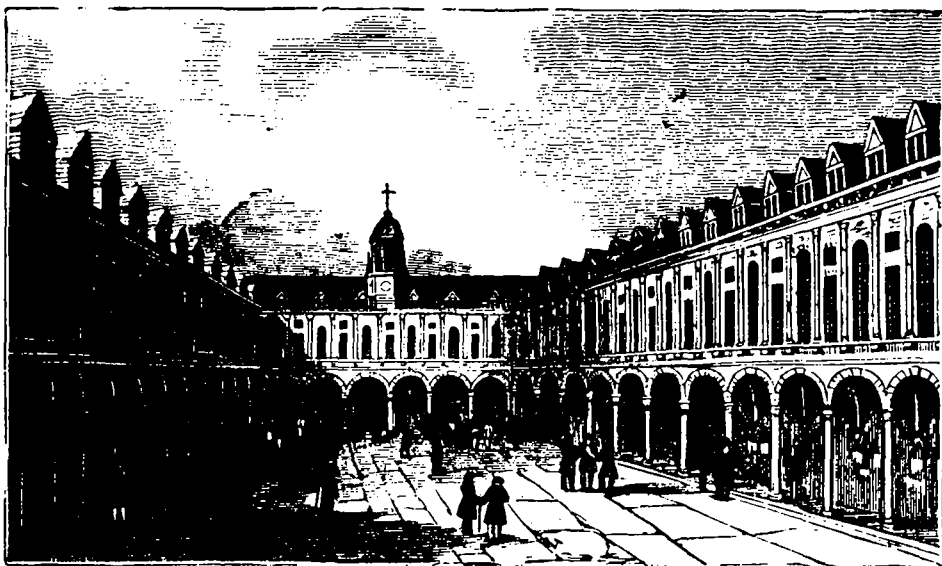
(1) En uno de los próximos números dedicaremos un artículo con sus correspondientes grabados á dar una idea exacta de las cualidades, pesca y preparacion de este pescado.

das de verde por fuera y de blanco por dentro, sin atinar lo que en tales vasijas llevaban las mugeres. Al tiempo que íbamos á preguntárselo al *domestique* apareciéronos nuestro *Mr. Soetens*, que nos andaba buscando. Hicimosle la pregunta, y nos respondió que todo lo que en aquellos recipientes veíamos trasportar era leche.—Poder de Dios! exclamó mi Pelegrin, ¡y qué abundancia de leche! ¿Y donde hay vacas para dar tanta leche?

—En primer lugar, Sr. Pelegrin las vacas de Holanda dan mas leche que las de otros países, tanto que aquí una vaca mantiene una familia; lo cual no solo consiste en los buenos y abundantes pastos, sino tambien en elesmero é inteligencia con que se las cuida. En segundo lugar, Sr. Pelegrin, todos los años traemos de Jutlandia un número considerable de vacas, que engordan en nuestras praderas, y con sus productos constituyen uno de los principales ramos de riqueza del país.

«¿Y no me dirá vd. *Sr. Soetens*, qué hacen vds. aquí con las vacas para que engorden tanto y den tanta leche?

—Por decontado aquí nunca se las maltrata; jamás ni el pastor ni el labrador las castiga con golpes como en otras partes.—Mire vd. *Sr. Soetens*, eso va en genios; me alegrára que viera vd. las tundas que las sacuden allá en España: allí el pastor ó el mozo de labranza que no tiene fuerzas para romper una buena vara de acebo sobre las costillas del animal, no sirve para el oficio. Aquí miman vds. mucho á los animales.—Oh! eso no lo sabelz bien. Aun se mima mas á las abejas: porque otro de los ramos de la riqueza del país es la educación de las abejas, en lo cual se ocupan muchos cantones de las provincias de Over-Yssel, de la Gueldre, de la Holanda y la Zelandia; y aun la mejor miel es la que se coge aquí cerca de AMSTERDAM. ¿Quereis saber como se transportan las abejas de una á otra provincia, para proporcionarles el necesario alimento? Como las abejas son enemigas del movimiento y de la inquietud, se conducen las colmenas sobre unas angarillas con muchísimo cuidado y con infinitas precauciones.



Vista interior de la antigua Bolsa de Amsterdam.

«Páreceme, *Sr. Soetens*, que los ramos de riqueza de vds. no valen entre todos ellos un comino. Leche, miel, quesito, algun ganadillo..... en España sin tanto trabajo ni tantos arrumacos cogemos mucho pan, mucho vino, mucho aceite, tenemos muchos rebaños de ganado lanar y vacuno, mucho garbanzo, mucha perdiz, mucho pavo.... aquella es la tierra de Dios, *Sr. Soetens*; allí es el vivir.—Que la España es país mas fértil que el nuestro no os lo negaré yo, Sr. Tirabeque, si bien aquí se suple bien la falta de pan con el arroz y la patata, la del vino con la cerbeza, y con el anisete y el curazáo, que son muy afamados los de Holanda, y así de los demás; el arte suple tambien en mucho á la naturaleza, á él debemos el coger los frutos en un país tan frío como este, con mas anticipacion que en otro alguno; y sobre todo, los artículos de que carecemos nos los proporcionamos á poca costa por medio de nuestros buques que nos traen fácilmente las producciones, los artefactos, los objetos todos de necesidad, de comodidad, y aun de lujo de

todos los países del globo. De nada se carece en Holanda: aquí hay todo lo que puede alhagar la sensualidad del rico: vos habeis visto y estais viendo la opulencia que respiran nuestras ciudades: pues bien, las aldeas no son menos ricas respectivamente: un labrador, un artesano holandés disfruta de mas comodidades en su casa, posee un menaje mas decente, goza de un pasar mas seguro que las clases mas regularmente acomodadas de Francia; aquí no hay masas de indigentes como en Inglaterra; un aldeano holandés pasaria en otra parte por un rico particular. Y es que aquí se trabaja sin descanso, se saca todo el partido posible del terreno, y se surca arrojadamente los mares para buscar en el último confín del mundo lo que la naturaleza haya negado á nuestro suelo.»

Ni Tirabeque se atrevió á replicar, ni yo *tenia* que responder á esto, porque efectivamente veíamos y palpábamos la verdad del razonamiento de *Mr. Soetens*, y lo veíamos y palpábamos no con poca envidia.

Adfabulatio.

Ahora bien; apliquemos la moral de esta historia. ¿Qué parte le toca á la España de la opulenta AMSTERDAM? ¿Dónde están, preguntaba yo, los españoles que deberían acrecer este gran mercado á que concurren los comerciantes de Europa, los de América, del Asia y de la India?

En vano los busqué. En aquella ciudad mercante, que un tiempo fué nuestra como todo el país, ¡ni siquiera tenemos ahora un cónsul! O se le habia hecho retirar por *inecesario* ó le habia sido *necesario* retirarse por *desatendido*. No pensemos en la moral de la historia.

Las fieras.

Pasamos por el *Muelle imperial*, por el del *Príncipe* y el de los *Caballeros*, que son los mas anchos y suntuosos. Cruzamos el *Puente de los enamorados* sobre el *Amstel*, de 35 arcos y como unos 700 pies de longitud. Recostados sobre su barandilla de hierro me decía Tirabeque: «Señor, páreceme que los enamorados holandeses no han de ser de genio de tirarse al río; tengo para mí que no se ha de contar de muchos que se arrojen de este puente por amores—¿Y por qué no?—Señor, porque es tierra esta muy húmeda y muy fria, y calienta poco el sol. ¡Con qué sabe Dios lo poco que sucede ya de esto allí donde el sol achicharra, cuanto mas....—Vaya, vaya, déjanos ahora de esas materias.»

Seguimos un rato por las frondosas afueras de AMSTERDAM, y luego nos internó otra vez Soetens, llevándonos á la historia natural, jardín botánico y casa de fieras. No he visto en parte alguna, creo que incluso el Jardín de plantas de París, una coleccion de fieras mas rica y numerosa ni mejor atendida y cuidada. Divirtiöse Tirabeque muy á su sahor en los departamentos de los monos, que los habia por centenares de todas castas, familias, figuras y tamaño. Imposible parece que los holandeses sean tan aficionados á monos. El conserje nos avisó que iba á dar de comer á las fieras, por si gustábamos presenciar el espectáculo. Así lo hicimos, teniendo el gusto y el disgusto al mismo tiempo de ver á los tigres y hienas, de que habia tambien no poca abundancia, devorar docenas de cuartos de carneros; que en todas partes, no que en España solo, mantienen los hombres por recreo las fieras dañinas, y las alimentan con carnes de animales inocentes, por efecto de la civilización que hemos ido alcanzando.

Vimos los animales queridos de Robinson los *llamas* el *pelicano*, símbolo del amor maternal que se abre el pecho para alimentar á sus hijos; y por último el departamento de los testáceos y reptiles, donde se hallaban varias especies de galápagos, cocodrilos, salamandras, serpientes-piton ect. todos vivos y envueltos entre cobertores que juraria ser de nuestras fábricas de Palencia. Estremeciase Tirabeque de ver á las serpientes vibrar sus guijos de tres puntas, recuerdo del *linguis vibrantibus ora* de Virgilio, y asustóse mas cuando vió al conserje rodearse las serpientes á los brazos haciendo de cada uno de ellos un caducéo sin temor de que le picáran que tanto llegan á familiarizarse los hombres y los animales venenosos á fuerza de trato y comunicacion.

Musco, academias, templos, sociedades.

Salimos de entre las fieras con no poco placer de Tirabeque, en cuyo semblante se notaba un *timeo qui-*

dem timco, que no podia disimular, y habiéndonos encontrado con un joven abogado amigo de Soetens y que llegó á hacerse nuestro tambien visitamos todos juntos el *Museo de pinturas*, fundado por Luis Bonaparte, y compuesto de poco mas de 400 cuadros escogidos, casi todos de la escuela holandesa; el *Ateneo* rico en preciosos manuscritos; la *Academia Real de bellas artes*; la sociedad *Felix Meritis* y otras varias instituciones.

Entramos en seguida en algunos templos protestantes, haciéndome notar en el llamado *Oudekerk* (que es el mayor) á nuestro Felipe II en el trascurso firmando el tratado de Munster, por el que reconocia la independencia de las Provincias-Unidas, y renunciaba su derecho á ellas. En la cristalería de sus ventanas estaban pintadas las armas de todos los Burgomaestres de la ciudad. La *Sinagoga de los judios portugueses*, la mayor y mas bella de todas las sinagogas de Europa; bien que tambien es AMSTERDAM el pueblo en que hay mas judios, pues se acercan á 30.000. El *templo católico* de la calle de *Doelen*, donde se hallaba un sacerdote predicando en alba y estola á un bastante crecido auditorio. Ni una palabra entendíamos sino las pocas que nos tradujeron Soetens y el joven abogado su compañero.

Por la noche nos llevaron nada menos que á dos tertulias; y á fé que en ellas se acreditaron nuestros dos hermanos holandeses de conocedores del país, y de hombres de buen gusto en el trato social, pues en una y otra habia una coleccion de jóvenes señoritas de lo mas escogido que en el extranjero habíamos visto. No era en verdad demasiado brillante el papel que en aquellas sociedades hacíamos los españoles, puesto que apenas se encontraba alguna que otra persona con quien pudiéramos entendernos en el mal francés que nosotros hablabamos.

A pesar de todo, Tirabeque tuvo el atrevimiento de hacerme allí mismo proposiciones de alargar nuestra permanencia en AMSTERDAM; por lo que me ví en el caso sino de hacer lo que Mentor hizo con Telémaco en la isla de Calipso, porque allí no habia proporcion de arrojarle al mar, pero sí de anticipar nuestra salida de la última tertulia y de llevarle al día siguiente fuera de AMSTERDAM.

LA GROENLANDIA.

Esceptuando algunas colonias danesas, fórmase la poblacion de la Groenlandia de una tribu de ese pueblo conocido con el nombre general de Esquimales, que se estiende desde el golfo de S. Lorenzo hasta las estremidades de la Bahía de Baffin. La semejanza de idioma, de costumbres, de trajes y de constitucion física pone este hecho fuera de duda.

Los groenlandeses son pequeños, muy pocos tienen mas de cinco pies, y la mayor parte no llegan á esta talla. Sus cabellos son largos y negruzcos y la barba escasa. Tienen el pecho elevado y anchas espaldas, principalmente las mugeres acostumbradas desde jóvenes á llevar cargas muy pesadas. Son diestros, ágiles y matiosos. De humor festivo y sociable, se curan poco del porvenir. El agua es su bebida ordinaria; la conservan en una vasija de cobre ó de madera primorosamente labrada. Los hombres hacen los instrumentos necesarios para la caza y pesca y preparan las maderas para construir sus barcos que las mugeres cubren con pieles. Estos barcos ligeros y largos son insubmergibles, pues las pieles que los cubren forman una especie de puente en el que penetra el groenlandés por un agujero hasta la cintura, teniendo cuidado de atar á su cuerpo los

bordes de este agujero de modo que cierre todo paso al agua. Llevados por estos ligeros barquichuelos arrosan los mas recios temporales y van, con el arpon en una mano y el remo en otra, á atacar aun en medio de los arrecifes y pasos mas difíciles de los mares de hielo, á los bueyes marinos que les suministran los objetos mas necesarios á su existencia.

La carne de estos animales es el principal alimento de los groenlandeses; su piel sirve para vestirlos y para cubrir sus barcos; los nervios se transforman en hilo;

las vejigas en botellas, la grasa les sirve de manteca y sebo, hasta la sangre misma de este animal es para el groenlandés una bebida excelente que prefiere al mejor caldo de vaca. En una palabra, el groenlandés no concibe que se pueda vivir sin bueyes marinos.

Mucho se ha escrito acerca de los bueyes marinos; la mayor parte de los autores los han considerado como desprovistos casi completamente de inteligencia, pero esta asercion es de todo punto errónea. Cuando estos animales ven por la primera vez algun hombre



Groenlandés persiguiendo á los Bueyes marinos.

aproximarse á ellos, no manifiestan temor alguno; permanecen tranquilamente acostados en tierra, aun viendo matar y desollar á sus semejantes. Pero pronto se aperciben de la inminencia del peligro y toman sus medidas de precaucion contra los cazadores. Refugianse en lo alto de las rocas escarpadas ó de algun peñasco, á fin de precipitarse en el mar tan pronto como se aproxime el enemigo. Cuando campan en este lugar, tres ó cuatro de ellos se ponen de centinelas mientras los otros duermen. En cuanto aparece un barco, los centinelas dan la señal de alarma é inmediatamente se pone la tropa en movimiento. Todos se arrojan entre los cachones de suerte que á la llegada de la embarcacion

se encuentran debajo del agua, exceptuándose solamente las hembras que están criando. Estas madres valerosas permanecen en la playa para proteger á sus hijos; cuando son atacadas, agarran con los dientes á sus hijuelos por la parte posterior del cuello y se sumergen con ellos en el mar, procurando que sus cabezas queden fuera del agua para que no se ahoguen. A veces permanecen algunos machos al lado de las hembras, y cooperan á la defensa de los hijos hasta perder la última gota de sangre.

Las mugeres en la Groenlandia ejercen los oficios de carnicero, cocinero y zurrador. Despues de haber preparado las pieles hacen vestidos, zapatos, botines y

gorras. Ellas son las que construyen las tiendas y las casas, siendo de albañilería, porque la carpintería pertenece á los hombres. Como los lapones, tambien los groenlandeses saben vivir sin molestia en esas miserables chozas durante los inviernos tan rigurosos de aquellas regiones cercanas al polo. Hasta en el estío tan corto en esos climas, frias y húmedas nieblas cubren las costas y las islas. Basta un soplo de viento norte para traer el frio del invierno en la mitad del estío. Y sin embargo en esta última estacion, la presencia continua del sol durante tan largo tiempo hace el calor insoportable, principalmente en las gargantas abrigadas por las rocas. Es tal el poder de la costumbre, ó como se dice vulgarmente, el amor de la patria, que el escaso número de groenlandeses que se han alejado momentáneamente de su país para visitar las rejiones mas templadas de Europa, se han vuelto inmediatamente al sitio de su nacimiento.

CAWNPORE.

Situada en las márgenes del Ganges á 200 leguas de Calcuta que es hoy la ciudad principal de la India, construida en medio de una llanura arenosa, Cawnpore ha recibido poco de la naturaleza, pero mucho de la mano

de los hombres, que la han dado el aspecto mas pintoresco. Los *Padocks* ó jardines de que están rodeadas las casas, son mayores que en la mayor parte de las ciudades de la India y se asemejan á parques, sobre todo en la estacion de las lluvias, en que la tierra se reviste con una alfombra de verdura. Criáanse en ella ventajosamente casi todas las legumbres y frutos de Europa, aun en la estacion mas fria; los albréchigos y las uvas poco comunes en el resto de la India, son alli excelentes, asi como las naranjas, las manzanas y los melones.

Las casas de Cawnpore están mal construidas, pero son grandes y cómodas, con todas las precauciones necesarias para preservar á las habitaciones del excesivo calor de aquel ardiente clima. Todas tienen una pieza destinada para baños, elemento indispensable para conservar la salud de sus habitantes.

En el extremo de la plaza de Cawnpore hay una larga calle de árboles que sirve de paseo. Como esta ciudad tiene guarnicion inglesa, el paseo presenta por las tardes, despues de puesto el sol, el aspecto de una poblacion europea. Llénase de carruages de todas formas, en que las mugeres elegantes ostentan las modas de Inglaterra y Francia, mientras que apostos caballeros cabalgando en hermosos caballos de raza europea ó en el lijero alazan árabe, caracolean al lado del caballo salvaje ó de los *poneys* velludos del país.



Vista de la ciudad de Cawnpore en la India.